

Índice:

- .Sábado Santo**
- .Ejercicio del Sábado Santo**
- .Celebración de Pascua**
- . Invitación a la Vigilia Pascual**
- .Con María...esperamos la Resurrección**
- .“La Pascua del Señor Resucitado”**
- .El Canto de Moisés y La Vigilia Pascual**
- .- TEXTOS DE SAN AGUSTIN**

Índice

- .- ¿Por qué mantenemos en vela?**
- .-Nuestra Pascua**
- .-Para la vida nos engendraron Cristo y la Iglesia**
- .-La alegría pascual**
- .- El “Seder” Eucarístico**
- .-La Vigilia y su significado**
- .- EL SEDER JUDÍO (1)**
- .- NO RENUNCIAMOS A NINGÚN HIJO**
- .- El Rincón de la Halajá (Ley Judía)**
- .-EL SEDER DE PESAJ**
- .- EL QUINTO HIJO**

Sábado santo

El sábado santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, y se abstiene del sacrificio de la misa, permaneciendo por ello desnudo el altar hasta que, después de la solemne vigilia o de la expectación nocturna de la

resurrección, pueda alegrarse con gozos pascuales, de cuya abundancia va a vivir durante cincuenta días.

Esta nota introductoria del misal explica el espíritu del día. No debemos dar paso a una alegría anticipada, porque la celebración pascual todavía no ha comenzado. Es un día de serena expectación, de preparación orante para la resurrección. Permanece todavía el dolor, aunque no tenga la misma intensidad del día anterior. Los cristianos de los primeros siglos ayunaban tan estrictamente como el viernes santo, porque éste era el tiempo en que Cristo, el esposo, les había sido quitado (Mt 2,19-21).

Si podemos pasar este día en oración y recogida espera, nuestro tiempo será empleado del modo más idóneo. Esto es lo que nos sugiere la hermosa homilía elegida para el oficio de lecturas de hoy:

Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo'.

El primer sábado santo todo parecía perdido. Los discípulos, pequeño grupo de hombres pusilánimes, habían huido en desbandada, rotas sus esperanzas. Solamente María conservó la fe y quedó esperando la resurrección de su Hijo. Por esto todos los sábados del año la Iglesia conmemora a la Virgen María y tiene una misa votiva y oficio en su honor.

Una nota de serenidad, incluso de gozosa expectación, impregna la liturgia del sábado santo. Cristo ha muerto, pero su muerte es como un sueño del que despertará en la mañana de pascua.

Los salmos elegidos para la liturgia de las horas rezuman confianza y expectación. Parece como si el mismo Cristo los estuviese recitando. El salmo 4 contiene este versículo: "En paz me acuesto y en seguida me duermo", que se aplica a Cristo en la tumba esperando confiadamente la resurrección. También en el salmo 15 tenemos una maravillosa expresión de esperanza: "No me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha".

La lectura de la Biblia (Heb 4,1-13) nos habla del descanso sabático preparado para el pueblo de Dios después de las fatigas de esta vida. De ella se desprende esta conclusión: "Un tiempo de descanso queda todavía para el pueblo de Dios, pues el que entra

en su descanso descansa él también de sus tareas, como Dios de las tuyas".

En la homilía de la que hemos citado antes algo hay un diálogo entre Cristo y Adán. Cristo entra en la morada de los muertos y despierta a Adán, diciendo: "Levántate de entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí y yo en ti formamos una sola e indivisible persona".

Todos participamos del misterio del sábado santo; san Pablo nos lo recuerda: "Fuimos, pues, sepultados juntamente con él por el bautismo en la muerte, para que, como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en nueva vida" (Rom 6,4). En la Iglesia primitiva, el simbolismo del bautismo como sepultura con Cristo resultaba mucho más claro que en tiempos más recientes. Los catecúmenos adultos descendían realmente a la pila bautismal, que, en su aspecto, no era muy diferente de una tumba. Descendían a las aguas, como signo de muerte y sepultura, y salían significando la resurrección.

Nuestra participación en la sepultura de Cristo se expresa en las oraciones finales de la liturgia de las horas. Así se expresa la petición final de laudes: "Cristo, Hijo de Dios vivo, que has querido que por el bautismo fuéramos sepultados contigo en la muerte, haz que, siguiéndote a ti, caminemos también nosotros en una vida nueva". En la oración final rogamos: "Te pedimos que concedas a todos tus fieles, sepultados con Cristo por el bautismo, resucitar también con él a la vida eterna".

EJERCICIO DEL SÁBADO SANTO

Reflexionar sobre hacia dónde va el cristianismo es una cuestión difícil y un tema sobre el cual se ha escrito y discutido mucho en los últimos años, especialmente en el mundo alemán donde la secularización es muy fuerte. Basta recordar al respecto algunos títulos de libros: un sociólogo alemán, F.X.Kaufman, se pregunta en un texto publicado el 2000: *¿Cómo sobrevive el cristianismo?* Y un teólogo empieza su libro *¿A dónde va /a Iglesia?*, publicado en 1996, con un sabor a apocalipsis -entendido como sabor a catástrofe - que llena nuestro tiempo; este gusto apocalíptico aparece también en ciertas reflexiones mostradas sobre una posible y previsible fin de la cristiandad.

Otros libros siguen la misma línea de interrogantes, siempre en el mundo germánico. Uno, de título provocador, *¿La Iglesia se acaba?* de 1999, escrito por un periodista austriaco, hoy día responsable de la organización para una reforma de la Iglesia, que ha recogido un gran número de firmas en Austria y en Alemania. Pienso en otro teólogo alemán, cuyo libro de 1999 *Entre visión y realidad* está dedicado al futuro del cristianismo. Sobre todo querría citar un texto del libro *¿Iglesia dónde estás?*, que empieza partiendo de un proverbio de los indios de América que dice: "Si te das cuenta de que estás cabalgando un caballo muerto, baja enseguida". Recuerda el proverbio para insinuar que hay alguien que quiere seguir cabalgándolo porque ya ha invertido sus intereses en esta cabalgadura. ¿Qué hará éste? se pregunta el escritor, y responde: crear una comisión que investigue sobre caballos aparentemente muertos y que, sin embargo, podrían estar vivos; por lo tanto encarga a un grupo de estudiosos que atiendan el fenómeno de los caballos muertos; forma uno Task-Force con la tentativa de hacer revivir a los caballos y abre un portal de Internet con la dirección www.cavalcar.cavallsmorts. Finalmente impone como término políticamente correcto, no ya "caballo muerto" sino "caballo temporalmente discapacitado", con el fin de evitar que en el futuro se hable de caballos muertos. Así el autor trata de no ver o de negar la crisis del cristianismo en Occidente.

Querría, sin embargo, citar en efecto otro libro sobre el tema del presbiterato. Un conocido padre espiritual de un Seminario alemán con ocasión de sus 50 aniversario de sacerdocio ha declarado: "Si me preguntan sobre qué problema me ha golpeado más íntimamente en estos cincuenta años de sacerdocio, respondería: no se trata para mí personalmente ni del nazismo ni siquiera de la guerra. Lo que más me ha golpeado y turbado es la rápida y casi total disminución de la fe en los últimos veinte años. Estamos viviendo la fragmentación y casi el fin de una figura de Iglesia: intuimos que esta figura de Iglesia está disminuyendo. A los ojos de la sociedad pluralista aparece ya sólo como un subsistema de esta sociedad, un fenómeno marginal que sirve para adornar religiosamente algunos grandes momentos de la vida". La pregunta sobre el cristianismo recurre también a otros ámbitos, quizás con aportaciones más positivas. En el ámbito francés, por ejemplo, menciono al menos un libro rico de sugerencias sobre el futuro, con el título *Imaginar la Iglesia católica* escrito por el teólogo benedictino G. Lafont. En esta línea de investigación sería interesante recordar los numerosos congresos, seminarios y libros, incluso sobre el futuro del papado, en el mundo católico, y especialmente en el protestante, a partir de I'encíclica *Ut unum sint* de Juan Pablo II,

publicada en 1995, dónde el Papa dice que está deseoso de afrontar el problema de la forma del ejercicio del primado.

No faltan, por lo tanto, interrogantes sobre el futuro de la Iglesia y del cristianismo. Entre las razones profundas de este ansioso interrogarse, está especialmente indicado el opúsculo de nuestro encuentro: "La fe cristiana en la vieja Europa opulenta y postindustrial se encuentra en el afán inútil de esconderse. Nada ni nadie puede garantizar la supervivencia si se confía sólo en la continuación de la costumbre consagrada por una historia, aunque sea milenaria". Y la introducción del opúsculo concluye que puede recurrirse al remedio "intentando antes de nada de todo conocer los lugares donde el Espíritu de alguna manera se anuncia, buscando después seguir lo que EI nos sugiere en la profundidad de la mente y del corazón". Y eso que el Espíritu sugiere, o parece sugerirme - a mí o a nosotros - es lo que aquí se expresa.

Me propongo por tanto explicar qué quiere decirse con ejercicio del sábado santo, y así después indicar todo lo que siento, todo lo que me sugiere en la mente y en el corazón, por el futuro del cristianismo en el tercer milenio. '

El ejercicio del Sábado Santo

El término "ejercicio" tiene antecedentes ilustres en la historia de la experiencia cristiana. Basta recordar los "Ejercicios espirituales" de san Ignacio de Loyola que aplicaba una categoría ya difundida en su tiempo. Viene a la memoria el libro intitulado *Exercitatorium* de García de Cisneros, benedictino del siglo XV. Ignacio utilizaba el término "ejercicio" para indicar un proceso práctico de reflexión interior de cara a reordenar la propia existencia según la voluntad de Dios. La expresión viene de otro famoso texto, *Ejercicio del cristianismo* de S: Kirkegaard. Cito algunas palabras suyas: "Mientras exista un creyente, hace falta que él, para ser tenido como tal, haya sido, y como creyente sea contemporáneo de su (de Jesús) presencia como los primeros contemporáneos. Esta contemporaneidad es la condición de la fe o, más exactamente, es la definición de la fe".

Señala así la condición esencial para el futuro del cristianismo, distinguiéndola de aquellas formas aparentes que no serían en realidad más que "cabalgar un caballo muerto". Siguiendo todavía el mismo texto, Kirkegaard formula una plegaria: "Señor Jesucristo, haz que de esta manera podamos ser contemporáneos tuyos, de forma que podamos verte en tu verdadera figura y en el ambiente dónde realmente tú caminabas por la tierra, y no en la forma vacía de un recuerdo

vacío e insignificante". El ejercicio del cristianismo tiene por lo tanto como presupuesto el ser contemporáneo de Jesús. (He extraído la cita de un libro reciente de F.G: Brambilla, intitulado precisamente Ejercicios de cristianismo, cómo si subrayara que el término conserva una propia actualidad).

En todo caso, por todo lo que tiene relación con la palabra "ejercicio", no la entendemos aquí como una actividad externa - pastoral o organizativa o evangelizadora - cómo podría ser la de los predicadores televisivos americanos o de sus imitadores. La entendemos más bien como la recuperación de actitudes interiores que permiten resistir bien de frente a un, al menos aparente, crecer del secularismo y a una progresiva marginación de la fe. Viene a la memoria la exhortación de Jesús: "Velad y orad en todo momento, para que tengáis la fuerza de huir de todo lo que tiene que suceder y comparecer ante el Hijo de hombre" (Lc 21,36).

Con la expresión el "Sábado santo" me refiero, claro está, a aquel tiempo que transcurre entre la muerte en la cruz de Jesús y su resurrección, caracterizado por el miedo y la desorientación de los discípulos, por el silencio de Dios y la fe de María. La idea parte del don precioso del sábado del pueblo de Israel, que hace comprender algo la santidad del tiempo, rodeado de la bendición de Dios. Don que nos permite, por lo tanto, dar una mirada confiada sobre los acontecimientos de la historia, ya que el sábado nos recuerda la fidelidad del Dios de la alianza. Para nosotros cristianos, sin embargo, en el centro de la historia y en el corazón de nuestra fe, hay otro sábado. Es el sábado santo, en medio del triduo pascual de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Un sábado que tiene dos vertientes: la primera es la del llanto, de la desorientación de los primeros discípulos que tienen en los ojos las imágenes dolorosas del aparente fracaso de Jesús y la de sus sueños mesiánicos; la segunda es la de María, Virgen fiel, que vive su sábado santo en las lágrimas pero también en la fuerza de la fe, sosteniendo la frágil esperanza de los discípulos. Indicar en este sentido la tesis que tanto los discípulos como María, aunque de maneras diversas, nos ayudan a leer nuestro traspaso de época y las nieblas del futuro, respondiendo con verdad, esperanza y amor a la pregunta que llevamos dentro: ¿a dónde va el cristianismo?. ¿A dónde va la Iglesia que amamos? De hecho nuestra época tiene analogías, sobre todo con la desorientación propia de los discípulos el sábado santo. La memoria del pasado, en particular de la historia del cristianismo, en Europa se ha debilitado, y muchos no saben integrarla en su existencia... La experiencia del presente tiende a ser fraccionaria y prevalece la sensación de soledad, que se encuentra en la crisis de las familias, en la

fragilidad de las asociaciones, hasta en las políticas. Estamos dentro de un movimiento de globalización, que hace surgir nuevos temores y reacciones a menudo violentas. Por lo tanto, todo lo que sea eco desde hace dos mil años sobre el anuncio del Resucitado se mezcla, incluso en no pocos cristianos, con la amargura y el miedo que sienten los dos discípulos en el camino hacia Emaús: tenían en la mente y en la boca las noticias relacionadas con Jesús Resucitado, sin embargo no llegaban a tomárselas seriamente y a sacar las consecuencias para su vida. En el clima de desorientación y de inseguridad contrasta la actitud que la fe y la piedad cristiana se leen en María. Ella vive este momento en la fe y en la esperanza; ella tiene en el corazón la luz y la fuerza interior que le dan la certeza del Hijo y de su próxima manifestación.

Concluyendo con el sentido del ejercicio del sábado santo el que se esfuerza por leer, a través de las nieblas y las oscuridades de la historia, el hijo luminoso de la esperanza, promoviendo aquellas actitudes positivas que provienen de la fe y que caracterizan el camino de la Iglesia en el tercer milenio como el camino de una palabra valerosa y eficaz que realiza su proceso según la enseñanza de Pablo: "que la palabra del Señor se difunda y sea glorificada" (2 Ts. 3, 1).

Las preciosas indicaciones en la Novo millennio ineunte

Tras haber intentado aclarar lo que significa ejercicio del sábado santo, determinamos ahora cuáles son en este momento las indicaciones del Espíritu, lo que el Espíritu nos sugiere en la profundidad de la mente y del corazón. En la última carta apostólica de Juan Pablo II, que tiene por título ' Novo millennio ineunte (NMI) se encuentran una serie de indicaciones extraordinariamente ricas sobre todo lo que el Espíritu quiere decirnos en relación a nuestro futuro. El Papa, proyectando los caminos de la Iglesia hacia el siglo XXI, cumple una obra que a la vez es de exhortación y de profecía. En la dificultad y en el silencio de este sábado santo, dicha Carta lanza un rayo de luz sobre el milenio iniciado y subraya las condiciones y las actitudes interiores para vivir con la esperanza de María el traspaso de época.

Reanudamos este texto profético del Papa para destacar algunos elementos importantes a propósito de nuestro tema. La NMI presenta en primer lugar un icono alentador, que trataremos de describir; en segundo lugar nos enseña a leer positivamente el pasado; finalmente pone una lista de prioridades que definen las grandes actitudes a las que somos

llamados a cultivar en este tiempo para mirar el futuro con esperanza.

El icono es la palabra evangélica de Jesús "rema mar adentro" - duc in altum - (Lc 5,4). Escribe Juan Pablo II: "En el inicio del nuevo milenio resuenan en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la multitud desde la barca de Simón, invitó al apóstol a "ir lago adentro para pescar: ¡Duc in altum! Pedro y los primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y calaron las redes. Y habiéndolo hecho, recogieron una cantidad enorme de peces". ¡Duc in altum! Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente, y a abrirnos con confianza al futuro". El mismo icono con el que empieza la carta, la acaba. Más todavía, el pequeño lago de Tiberiades recordado en el icono, se convierte en efecto en el océano: " ¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre frente a la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios que se encarnó hace 2.000 años por amor al hombre cumple hoy su obra. Tenemos que tener ojos penetrantes para verla y, sobre todo, un corazón grande para ser nosotros mismos instrumentos" (n.58).

El mismo icono reaparece en un punto determinante del texto, al final del capítulo: "Ahora tenemos que mirar adelante, hemos de "ir lago adentro", confiando en la palabra de Cristo: "Duc in altum" (n.15). El sentido está claro. El Papa nos invita a mirar con coraje el futuro como si estuviéramos solo -como alguien ha dicho - en el comienzo del cristianismo; e! "Más", todavía tiene que venir.

Partiendo del texto de Lucas, Juan Pablo II hace una relectura positiva del pasado próximo, del tiempo del Jubileo. En efecto, en el Jubileo ha sido afirmado que la Iglesia, mirando el pasado, tiene que pedir perdón por las culpas de sus hijos, y la gran plegaria penitencial del Papa, el comienzo de la Cuaresma 2000, es un punto de no retorno. Porque la Iglesia no tiene miedo de mirar su pasado, ella está dispuesta a leer su historia reconociendo los grandes dones de Dios. En la NMI esta relectura se refiere sobre todo al Jubileo, pero se recomienda una actitud más general: la de mirar el futuro empezando por la acción de gracias por todo lo que hemos vivido y que la Iglesia ha experimentado en dos mil años de camino.

Sobre esta base el Papa dibuja en el tercer capítulo algunas coordenadas para el nuevo milenio, deducidas no de un programa abstracto, sino de la contemplación del rostro de Jesús

profundizada en el segundo capítulo de la carta. En efecto, esta contemplación suscita la pregunta sobre lo que debe hacerse y sobre las prioridades. Escribe Juan Pablo II: "Es en el convencimiento de la presencia entre nosotros del Resucitado donde nos planteamos la pregunta dirigida a Pedro después del discurso de Pentecostés; "¿Qué tenemos que hacer?" (Hechos, 2, 37). Nos interrogamos con confiado optimismo, aunque sin menospreciar los problemas. No nos convence ciertamente la perspectiva ingenua de que, frente a los grandes retos de nuestro tiempo, nos salvará una fórmula mágica. No, no nos salvará una fórmula, sino una Persona, y la certeza que ella nos infunde: "Yo estoy con vosotros". Tomo aquí una especie de dialéctica con la afirmación también incisiva de Kirkegaard: "hacerse contemporáneos de Jesús". El Papa no insiste en el hacerse contemporáneos de Jesús, pero sí que insiste en que El es contemporáneo nuestro, porque asegura "yo estoy con vosotros". Y sigue: "No se trata, pues, de inventar un 'nuevo programa'.

El programa ya existe: es el de siempre, recogido por el Evangelio y la tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, a quien hace falta conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria, y transformar con Él la historia hasta su cumplimiento en la Jerusalén celestial (...) Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio" (n.29).

Juan Pablo II extrae después de la contemplación del rostro de Jesús una serie de prioridades que propone a la Iglesia para el milenio que empieza; son las prioridades de siempre y sin embargo adquieren en esta propuesta una fuerza y un encanto nuevo. Anuncio tres:

La santidad

La primera es designada por el Papa con el término fuerte de santidad: "En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que tiene que situarse todo el camino pastoral es la de la santidad" (n.30). Término que usa de forma muy exigente: "Poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a uno catecúmeno: "¿quieres recibir el bautismo?" significa al mismo tiempo preguntarle: "¿quieres ser santo?". Significa poner en su camino el radicalismo del Sermón de la Montaña: "Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial (Mt 5, 48). Es un tema muy subrayado, y más adelante el Papa se expresa así: "Es el

momento de proponer de nuevo a todo el mundo con convicción este alto grado de la vida cristiana ordinaria" (n.31). Hasta ahora yo tenía alguna reticencia a usar en el discurso público el término "santidad"; temía que fuera malentendido, que la gente pensara en una santidad de altar y se sintiera indigna. Empecé a recriminarme yo mismo cuando hacía una catequesis en la basílica de San Juan de Letrán, con ocasión de las Jornadas mundiales de la Juventud. La basílica estaba llena hasta los topes y el tema querido por el Papa era en efecto el de la santidad. Me di cuenta de que la atención se iba haciendo más intensa, y después de mi catequesis, hubo una serie de intervenciones, Aquellos jóvenes habían comprendido perfectamente la belleza del ideal de la santidad. Desde entonces he tenido menos miedo de hablar y a veces, dirigiéndome a los jóvenes, llego a decir: es más fácil ser santos que ser mediocres; ser santos pide más compromiso pero llena de gozo y de tensión moral y espiritual.

La plegaria

A partir de la exigencia de la santidad, viene indicada una segunda prioridad o línea programática para el nuevo milenio: la plegaria. "Para esta pedagogía de la santidad hace falta un cristianismo que se distinga sobre todo en el arte de la plegaria" (n.32). El Papa lee aquí un signo de los tiempos: hoy se detecta en el mundo, "a pesar de los grandes procesos de secularización, una difusa exigencia de espiritualidad, que en gran parte se expresa precisamente en una renovada necesidad de rogar. También las otras religiones, hoy en día sobradamente presente en los territorios de antigua cristianización, ofrecen las propias respuestas a esta necesidad y lo hacen a veces con formas atractivas (...). Nosotros que tenemos la gracia de creer en Cristo, revelador de Padre y Salvador del mundo, tenemos el deber de mostrar a qué grado de interioridad puede llevarnos la relación con él". Se remite, en efecto, a toda la tradición mística de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, que "enseña como la plegaria puede avanzar como un verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer a la persona humana totalmente poseída por el Amado divino, vibrando en el toque del Espíritu, filialmente abandonada en el corazón de Padre. ¿Cómo olvidar entre tantos testimonios luminosos la doctrina de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Ávila? Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas escuelas de plegaria, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda (la plegaria de petición) sino también en acción de gracias, adoración, contemplación, escucha, ardor de afectos, hasta uno verdadero "arrebato" del corazón. Una plegaria intensa, que sin embargo no aparta del compromiso a la

historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y hace capaces de construir la historia según el plan de Dios" (n.33).

Yo soy particularmente sensible a estas palabras recordando lo que desde hace tantos años he recomendado, desde mi primera carta pastoral *La dimensión contemplativa de la vida* y en las Escuelas de plegaria iniciadas en 1980 y después convertidas en Escuelas de la Palabra, es decir, escuelas para enseñar a rogar partiendo de la palabra de Dios. Y el Papa insiste que en toda la Iglesia la educación a la plegaria constituya un punto calificador de toda programación pastoral: él mismo está dedicando la catequesis de este tiempo a la reflexión sobre los Salmos, que forman parte de la plegaria de la Iglesia.

La escucha de la Palabra

Después de haber subrayado las dos líneas programáticas, Juan Pablo II indica su raíz, la posición nuclear: es la escucha de la Palabra. No hay duda de que la primacía de la santidad y de la plegaria sólo puede entenderse a partir de una renovada escucha de la palabra de Dios. Ciertamente, dice el Papa, que desde que el Vaticano subraya el papel preeminente de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, se ha avanzado mucho. Pero hay que consolidar y profundizar esta línea. En particular hace falta que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela, la existencia" (n.39).
¡Palabras de oro!

Muchas veces he repetido que la sustancia, el corazón de todo nuestro programa pastoral, nace de la *lectio divina*, es decir, de la capacidad de orar a partir de una página de la Escritura. Me parece muy bonito que el Papa haya querido subrayarlo como uno de los temas fundamentales de la Iglesia del futuro. Al respecto he tenido una intervención en el Consistorio extraordinario de los Cardenales, proponiendo prever también, dentro de lo que sea posible, un Sínodo universal sobre el tema de la Palabra de Dios.

El anuncio de la Palabra está obviamente ligado a la nueva evangelización y el Papa, efectivamente, escribe: "alimentarnos de la Palabra para ser servidores de la Palabra, en el compromiso de la evangelización: ésta es indudablemente una prioridad para la Iglesia en el comienzo del nuevo milenio. Ya ha pasado, incluso en los pueblos de antigua evangelización, la situación de una sociedad cristiana, la cual, incluso con las

múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy, tiene que afrontarse con valentía una situación que cada vez es más variada y, comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante mezcla de pueblos y culturas que lo caracteriza. Y más adelante añade: "Quien ha encontrado verdaderamente Cristo no puede retenerlo para sí mismo, tiene que anunciarlo. Hace falta un nuevo impulso apostólico que sea vivido como un compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos. Con todo, eso se hará con el respeto debido al camino siempre diverso de cada persona y atendiendo las diversas culturas donde el mensaje cristiano tiene que ser introducido, de manera que los específicos valores de cada pueblo no sean anegados, sino purificados y llevados a su plenitud" (n.40).

De todas estas prioridades tiene que surgir por tanto uno programa real, confiado y valeroso de la Iglesia católica en el tercer milenio. No se trata de menospreciar las dificultades, al contrario, sino de darse cuenta de la fuerza de las propias raíces y del dinamismo de la presencia del Cristo resucitado y de su Espíritu en medio de nosotros.

Conclusión

Me parece poder concluir que el ejercicio del sábado santo comporta como primera providencia un sufrido realismo sobre la situación difícil para la fe y el cristianismo hoy, pero después se abre a la esperanza cierta propuesta por la Iglesia para un futuro camino. El ejercicio del sábado santo desemboca en aquel ejercicio del cristianismo que Kirkegaard identificaba con la percepción de la contemporaneidad de Cristo y el Papa expresa en la NMI como la conciencia de la presencia del Resucitado entre nosotros.

Con esta convicción el cristiano mira al nuevo milenio.

Celebración de pascua

Vigilia pascual

Con la llegada de la noche nos encontramos en el corazón de las celebraciones de semana santa. Es la hora de la gran vigilia pascual, que san Agustín denomina "la madre de todas las viglias".

Para los cristianos de la antigüedad, la pascua no era una fiesta entre tantas, sino "la fiesta de las fiestas". Y la celebraban

especialmente en la vigilia nocturna, que culminaba con la misa de la resurrección.

La liturgia de nuestro tiempo ha vuelto a descubrir el significado profundo de la pascua y de la celebración del misterio pascual. Gracias a la restauración de los ritos, iniciada siendo papa Pio XII y completada a partir del Vaticano II, la preeminencia de la pascua en el año litúrgico queda asegurada. La semana santa es el corazón del año litúrgico, y la vigilia pascual está en el corazón de la semana santa.

¿Por qué es tan importante la vigilia pascual? ¿Por qué la Iglesia insiste para que tomemos parte en la prolongada liturgia que tiene lugar a una hora tan intempestiva? No se trata simplemente de revivir una antigua tradición; lo importante es su sentido profundo y su valor intrínseco. Aquí, en el corazón de la pascua, celebramos el misterio de la redención del hombre. Según la definición de Odo Casel, la pascua cristiana es "la fiesta de la redención humana mediante la muerte y resurrección del Señor".

A lo largo del año litúrgico, la Iglesia conmemora los varios aspectos de la obra de la redención. En esta ocasión lo celebra como un todo y en toda su amplitud. Es la fiesta pascual, que incluye todos los demás misterios cristianos. Mediante nuestra unión con Cristo por la fe y el bautismo, nosotros mismos somos asociados íntimamente con Cristo muerto y resucitado. Celebrando el misterio pascual de Cristo, la Iglesia celebra su propio paso de la muerte a la vida.

La pascua judía. Esta fiesta, la más cristiana de todas las fiestas, tiene sus raíces en el Antiguo Testamento, de modo que para comprenderla hemos de considerar previamente la pascua judía. La divina providencia ha querido que ambas celebraciones vayan unidas, y, además, el nombre mismo de "pascua" es originalmente judío.

La pascua judía se celebraba el 14 del mes de primavera de nisán, y conmemoraba la liberación de los israelitas de su vida de opresión y esclavitud en Egipto. Era la fiesta de la redención, de la liberación. La sangre del cordero, que marcaba las jambas de las puertas, resaltaba su carácter redentor; porque el ángel destructor pasaba de largo ante las casas preservadas por la sangre del cordero.

En esta fiesta se conmemoraban todas las maravillas que Dios había hecho en el curso de la historia: la liberación de la mano de los enemigos, la entrega de la alianza en el monte Sinaí, los portentos del éxodo y la entrada en la tierra prometida. También

conmemoraban el "nacimiento" del pueblo de Dios. De ser una minoría oprimida en Egipto, pasó a ser un pueblo, una nación, "la propiedad misma de Dios".

La pascua era el gran acontecimiento en Israel. Su conmemoración en el festival anual de pascua era la gran fiesta del pueblo judío. En el capítulo 12 del libro del Éxodo leemos:

Es la pascua de Yavé... Ese día será memorable para vosotros y lo celebraréis como fiesta de Yavé... Es noche de velar en honor de Yavé, esta noche en que los sacó de la tierra de Egipto.

Su celebración no era sólo conmemoración de lo que había tenido lugar en tiempos remotos, sino un memorial a través del cual el acontecimiento pasado se hacía realidad presente, y quienes lo celebraban se sentían implicados y hechos partícipes de la experiencia de sus antepasados. Incluso en nuestros días los judíos piadosos celebran la pascua con un intenso sentido de participación personal que resulta evidente si se tienen en cuenta las palabras de su ritual: "No sólo a nuestros antepasados redimió de Egipto el Altísimo (bendito sea), sino que nos redimió también a nosotros con ellos".

La pascua cristiana. El hecho de que Jesús sufriera su pasión y se sometiera a la muerte por nosotros en los días de la pascua judía no fue mera casualidad. Forma parte del designio de Dios y de su pedagogía. En su sacrificio en la cruz, Cristo aparece como la realización de la antigua pascua. En la expresión de san Pablo, "Cristo, nuestra pascua, ha sido inmolado" (1 Cor 5,7).

Entre los escritores del Nuevo Testamento, san Juan es el que tiene especial cuidado de mostrar la correspondencia entre los acontecimientos de la pascua judía y los misterios de la vida de Cristo. Nos hace ver, por ejemplo, cómo Cristo realiza los principales tipos del Éxodo. El es el nuevo Moisés, que conduce a su pueblo a la libertad, lo alimenta con el nuevo maná que es la eucaristía y le da a beber de la fuente de aguas vivas. El es la serpiente de bronce, y todos los que lo miran con fe se salvan. El es la luz que brilló en las tinieblas, una luz más perfecta que la que guió a los israelitas a través del desierto. El es el verdadero cordero pascual 1.

San Juan comienza su relato de la última cena con las palabras que recuerdan la pascua y su celebración: "Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que le había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre" (Jn 13,1). En este pasaje misterioso Cristo realiza una liberación más maravillosa que la de Moisés. En su paso

de este mundo al Padre, a través de la muerte, Cristo libera a todos los hombres del pecado.

La narración de la pasión según san Juan está llena de reminiscencias del Antiguo Testamento, muchas de las cuales se relacionan con la celebración de la pascua. San Juan afirma que Jesús es crucificado a la hora en que los corderos pascuales están siendo degollados en el templo. También nos dice que, en cumplimiento de lo que estaba escrito sobre el cordero pascual, los soldados no le rompieron las piernas: "No quebrantaréis ninguno de sus huesos" (cf. Ex 12,46).

La pascua cristiana es la verdadera fiesta pascual que celebra el misterio pascual de Cristo y de su Iglesia. Es una fiesta de redención que la Iglesia celebra principalmente en la vigilia pascual. En ella celebramos la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, victoria que abre a los hombres una nueva vida en Dios. A través de nuestra participación en su muerte y resurrección, conseguimos el acceso al reino de la luz y la libertad.

La celebración de la vigilia. La vigilia se divide en cuatro partes: celebración de la luz, liturgia de la palabra, celebración bautismal y eucaristía pascual.

Celebración de la luz. El tema de la luz está constantemente presente en la liturgia de pascua. Es altamente significativo que la vigilia comience con la bendición del fuego y encendiendo el cirio pascual.

Lo ideal es iniciar la celebración fuera de la iglesia, enfrente del pórtico, donde se habrá encendido previamente una hoguera. El pueblo se reúne en círculo alrededor del fuego. Pascua es un nuevo comienzo del mundo; éste es el simbolismo del fuego nuevo y la nueva luz.

El rito del fuego es precristiano, pero ha sido asumido en la liturgia de la Iglesia por su rico simbolismo. En Irlanda se puede asociar el fuego pascual con el que, según se cuenta, encendió san Patricio una noche de pascua en la colina de Slane antes de comparecer en presencia del rey Laoghaire en Tara.

Por si acaso quedaran vestigios paganos en el ritual, las palabras introductorias del sacerdote se encargan de disiparlos:

Hermanos: En esta noche santa, en que nuestro Señor Jesucristo ha pasado de la muerte a la vida, la Iglesia invita a todos sus hijos, diseminados por el mundo, a que se reúnan para velar en oración. Si recordamos así la pascua del Señor, oyendo su palabra y

celebrando sus misterios, podremos esperar tener parte en su triunfo sobre la muerte y vivir con él siempre en Dios.

Se bendice el fuego nuevo, en el que se encenderá el cirio. Desde ahora la atención se dirigirá al cirio precisamente, un cirio grande y hermoso que, durante todo el tiempo pascual, será símbolo de Cristo.

A fin de que cumpla bien su papel simbólico, debe estar marcado según la tradición medieval. En primer lugar, el sacerdote graba una cruz con un estilete. Luego traza la letra griega *alfa* por encima de la cruz y la *omega* por debajo. Son las letras primera y última del alfabeto griego. "Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último", dice el Apocalipsis (22,13).

Entre los brazos de la cruz se colocan las cifras correspondientes al año en curso; por ejemplo, 2001. Esto significa que Cristo es el "Rey de todos los tiempos". Para nosotros los cristianos, cada año es un año del Señor, porque estamos convencidos de que todos los tiempos y todas las épocas le pertenecen. El sacerdote acompaña dichas incisiones pronunciando la siguiente fórmula:

Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. Suyo es el tiempo y la eternidad, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

El sacerdote puede poner cinco granos de incienso en el cirio para representar las cinco llagas que el Salvador recibió en las manos, en los pies y en el costado. Los pone en forma de cruz, diciendo: "Por sus llagas santas y gloriosas, nos proteja y nos guarde Jesucristo nuestro Señor. Amén".

Al encender el cirio con el fuego nuevo se dice: "La luz de Cristo que resucita glorioso disipe las tinieblas del corazón y del espíritu".

Luego se forma la procesión. El sacerdote o el diácono toma el cirio, lo eleva y aclama: "Luz de Cristo", a lo que todos responden: "Demos gracias a Dios". Luego, guiados por el portador del cirio, se encaminan hacia el interior de la iglesia, que está a oscuras.

A la puerta de la iglesia se eleva de nuevo el cirio, con la misma aclamación: "Luz de Cristo", y la misma respuesta: "Demos gracias a Dios". En este momento todos los miembros de la asamblea encienden sus pequeñas velas con la llama del cirio pascual. Este acto expresa la idea de que la luz, que es Cristo, ha de ser comunicada; cosa que tiene lugar cuando se anuncia el evangelio, cuando los hombres lo aceptan con fe y se bautizan. La fe es un

don de Dios; pero, como instrumentos humanos suyos, ayudamos a comunicarla a otros.

Cuando el sacerdote o diácono que lleva el cirio llega al altar, se vuelve hacia el pueblo y repite por tercera vez la aclamación. El pueblo ocupa su lugar en la iglesia, y se encienden las luces. El cirio se coloca en su candelero, ubicado en el presbiterio.

Ahora se canta el himno pascual conocido por *Exultet*. Como sugiere la misma palabra latina, es un himno de gozo y exultación en alabanza a Dios, autor de la luz y dador de vida y salvación. Es costumbre entre los judíos decir una oración de bendición al tiempo que se enciende la luz en casa al atardecer. Tal costumbre fue aceptada por los cristianos, y de ella tomó origen la oración vespertina de la Iglesia, conocida en los primeros tiempos como *lucernarium*. La magnífica fórmula de alabanza y bendición que se pronuncia ante el cirio pascual no es otra cosa que una versión elaborada de lo que fue común en la antigua cristiandad.

Comienza con una triple invitación a la alegría: "Exulten por fin los coros de los ángeles... Goce también la tierra... Alégrese también nuestra madre la Iglesia..." La causa de la alegría es, por supuesto, la redención del género humano en todas sus fases y aspectos.

Toda la historia de la salvación se encierra aquí en términos poéticos: la pascua de los judíos, la de Cristo y la de la Iglesia. El cirio recuerda a un tiempo la columna de fuego que guió a los israelitas a través del desierto y a Cristo, luz del mundo. Es la luz de la revelación, del bautismo y de la gloria.

El *Exultet* es uno de los tesoros literarios y teológicos de la liturgia romana. En él la alabanza, la acción de gracias y la súplica se mezclan en espléndida unidad. Lo ideal es que se cante; los textos vernáculos ya han sido musicados. Se le da el mismo honor que a la proclamación del evangelio. Todo el pueblo permanece en pie con sus velas encendidas mientras se canta.

Liturgia de la palabra. Después del canto del *Exultet* se apagan las velas, y la asamblea se sienta para la liturgia de la palabra, que consiste en lecturas, cantos y oraciones. La lectura de la palabra de Dios es "el elemento fundamental de la vigilia pascual". Hay hasta nueve lecturas, que culminan en el evangelio de la misa. Por razones pastorales, el número de las lecturas puede reducirse, pero conviene siempre recordar que la Iglesia da mucha importancia a esas lecturas 2.

Para evitar la monotonía, es preferible tener varios lectores. Los buenos lectores pueden dar vida al texto. Las lecturas del Antiguo

Testamento se prestan bien para una cierta interpretación dramática.

La atmósfera en que se desarrolla esta parte de la vigilia debe ser relajada, sin apresuramientos; hemos de disponernos para escuchar atentamente la palabra del Señor. Se presenta ante nosotros una sinopsis de la historia de la salvación, del gran proyecto de Dios para redimir al mundo. En el Antiguo Testamento se revela este plan; en el Nuevo encuentra su realización. Es la historia del amor de Dios al mundo.

Primera lectura. La primera lectura es el relato de la creación (Gén 1,1-31; 2,1-2). Hay un gran optimismo en la interpretación veterotestamentaria de la creación y en el estribillo: "Y vio Dios que era bueno". La creación reflejó la perfección misma de Dios.

El Dios de la creación es también el Dios de la redención. La Iglesia admira la obra de sus manos en la naturaleza y contempla también sus maravillas en el orden de la gracia. Puesto que es una vigilia bautismal, en ella se administra o se renueva el sacramento del bautismo. Incluso en esta primera lectura la tradición cristiana encuentra una tipología bautismal. El Espíritu de Dios que "se cernía sobre las aguas" en el principio es el mismo Espíritu que santifica las aguas bautismales. También la creación de la luz en el primer día sugiere el bautismo, sacramento de la iluminación.

El bautismo es una nueva creación. En el Génesis leemos que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Esta imagen había quedado deteriorada por el pecado y necesitaba ser restaurada mediante la obra redentora de Cristo. A través de la fe y el bautismo, la redención se hace operativa en nosotros. San Pablo recuerda a los recién bautizados: "Despojaos del hombre viejo con todas sus malas acciones, y revestíos del nuevo, que sucesivamente se renueva, hasta adquirir el pleno conocimiento conforme a la imagen del que lo ha creado" (Col 3,9-10). Y en otro lugar dice: "De modo que el que está en Cristo es una criatura nueva; lo viejo ya pasó y apareció lo nuevo" (2 Cor 5,17).

En esta lectura litúrgica del Antiguo Testamento estamos actuando, por así decir, a dos niveles. La Iglesia lee en esta narración de la creación el misterio de la re-creación, es decir, de la redención. Esto se expresa en la oración que sigue a la lectura y al salmo:

Dios todopoderoso y eterno, admirable siempre en todas tus obras; que tus redimidos comprendan cómo la creación del mundo, en el camino de los siglos, no fue obra de mayor grandeza que el sacrificio pascual de Cristo en la plenitud de los tiempos.

Segunda lectura. La restauración de esta lectura (Gén 22,1-18) en la vigilia pascual (de la que había sido eliminada en una reforma anterior) ha sido muy apreciada. La tradición cristiana la ha unido siempre estrechamente al ministerio pascual, y en el Antiguo Testamento se leía también en el contexto de la pascua.

Brevemente relata cómo Abrahán, para obedecer el mandato divino, se prepara para sacrificar a su único amadísimo hijo, Isaac. En el último momento aparece un ángel que le ordena que no levante la mano contra el muchacho. Su obediencia había sido sometida a dura prueba. En lugar de su hijo, Abrahán inmola un carnero como holocausto. En premio a su obediencia, recibe la promesa de ser padre de muchas naciones.

Abrahán estaba dispuesto a sacrificar incluso a su propio hijo, Isaac. En el Nuevo Testamento encontramos ecos de esta actitud con referencia a Cristo. San Juan nos dice: "Tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no muera, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16). Este fue un sacrificio más perfecto, porque Dios perdonó a Isaac, pero no hizo lo mismo con su propio Hijo. Sin embargo, la misericordia de Dios no restó méritos a la incondicional obediencia de Abrahán, que prefiguró la obediencia misma de Cristo, el cual fue "obediente hasta la muerte". También Isaac es "figura" de Cristo. No sólo es inocente, sino que acepta voluntariamente ser sacrificado. Cristo no ofrece resistencia a los que lo capturan, se deja conducir como oveja llevada al matadero.

El sacrificio de Cristo está así prefigurado, y también su resurrección. A ello alude el autor de la carta a los hebreos: "Por la fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac... Pensaba que Dios tiene poder incluso para resucitar a los muertos. Por eso recibió a su hijo, y en él, un símbolo" (Heb 11,17-20).

Finalmente, podemos considerar lo fructífera que fue la obediencia de Abrahán: Dios derramó bendiciones sobre él; sus descendientes fueron tan numerosos como las estrellas del cielo y las arenas del mar. ¡Cuánto más fructífero será el sacrificio de Cristo, por el cual el mundo se reconcilia con Dios y los hombres se unen como hijos de un mismo Padre! Por el sacrificio de Cristo se cumplen las promesas hechas a Abrahán (cf. oración final).

Tercera lectura. La tercera (Ex 14,15-15,1) es tan importante para la comprensión del misterio pascual, que no puede omitirse. Describe el milagroso paso del mar Rojo por los israelitas. Esta fue la salvación decisiva del pueblo de Dios hacia la libertad, un acontecimiento de importancia incalculable en su historia.

La redención se presenta aquí como una victoria. El paso del mar *Rojo* fue un desastre para el faraón y sus ejércitos; para los israelitas fue un triunfo y una liberación. Simboliza la victoria de Dios sobre el poder del mal.

La redención realizada por Cristo también fue una victoria, y como tal la consideraban los padres de la Iglesia. Fue una batalla entre Cristo y su adversario, Satanás. El bien se opuso al mal, la luz a las tinieblas: "Lucharon vida y muerte en singular batalla, y muerto el que es Vida, triunfante se levanta" (secuencia del domingo de pascua). De esta lucha, en que al principio parece triunfar Satán, Cristo sale victorioso.

Por el bautismo el cristiano comparte la victoria de Cristo. Las aguas bautismales son una fuerza para vida y para muerte: vida para los que se lavan en ellas, muerte para cuantos se oponen al reino de Dios. Como los antiguos israelitas, el nuevo bautizado pasa a través de las aguas del mar Rojo, dejando tras de sí el mundo de las tinieblas y la esclavitud para encaminarse, con Cristo (nuevo Moisés) a la cabeza, hacia la tierra prometida.

Es de notar que el salmo responsorial es la continuación de la lectura. En ese punto la narración prorrumpe en canto: "Cantemos al Señor, isublime es su victoria!" Es el canto de victoria del pueblo de Dios, el cántico de Moisés y de los hijos de Israel. Es también el canto victorioso del pueblo de Dios del Nuevo Testamento; es el canto de agradecimiento de todos aquellos a quienes Cristo ha redimido. En la noche de pascua lo cantamos exultantes. San Juan lo oyó cantar en la nueva Jerusalén: "Cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del cordero" (Ap 15,3).

El tema de la alianza. Las cuatro lecturas siguientes, todas ellas de los profetas, se pueden agrupar bajo el tema de la alianza. Hablan del amor redentor de Dios, de la alianza eterna hecha con su pueblo; nos exhortan a ser fieles a la alianza y totalmente leales a la ley de Dios.

La cuarta lectura (Is 54,5-14) expresa la relación de alianza entre Dios y su pueblo. No es un mero convenio legal; más bien se asemeja al contrato matrimonial. Es una asociación de amor que exige confianza mutua, generosidad y fidelidad. Donde faltan estas cualidades la relación es tensa, y puede romperse en cualquier momento si una de las partes es infiel.

Israel fue infiel repetidas veces a este contrato de matrimonio entre Dios y su pueblo; pero Dios nunca anuló el contrato ni rechazó a la esposa infiel. Su amor conquista. Donde ha habido

alienación ahora hay reconciliación. Esto se expresa bellamente en las siguientes líneas:

En un arrebató de ira te escondí un instante mi rostro, pero con misericordia eterna te quiero -dice el Señor, tu redentor-

Dios reafirma su contrato matrimonial. Jura que su amor no abandonará nunca a su pueblo; su "alianza de paz" no se romperá jamás. Esta lectura llama la atención sobre un particular aspecto de la redención: el amor divino que la inspiró. Un amor no merecido y que tampoco sería correspondido es la explicación última y el motivo desencadenante de la redención del hombre. Al celebrar la pascua, la fiesta de la redención del hombre, nos encontramos cara a cara con el misterio del amor divino.

En la quinta lectura (Is 55,1-11) hallamos una vez más el tema de la alianza, aunque en este caso se pone más énfasis en nuestra respuesta a la misma que en la "piedad divina".

"Estableceré con ellos una alianza eterna", dice el Señor. La pascua del Antiguo Testamento conmemoraba, entre otras maravillas, la alianza dada por Dios. La Iglesia del Nuevo Testamento celebra en su pascua el establecimiento del "nuevo y eterno testamento", que fue sellado con la sangre de Cristo. En Cristo, mediador de la alianza, se cumplieron todas las promesas hechas a los patriarcas y a los profetas.

Como pueblo de Dios, debemos permanecer fieles a las condiciones de la alianza. El don no debe ser únicamente por parte de Dios; su amor y su fidelidad han de encontrar respuesta en nuestro amor y nuestra fidelidad; de otro modo no habrá verdadera relación de alianza. Cristo es nuestro modelo y, como cabeza de la humanidad redimida, ofreció al Padre la perfecta respuesta de obediencia y amor.

En la sexta lectura (Bar 3,9-15.23-4,4) el profeta, como enviado de Dios, hace una apasionada apelación a Israel para que se convierta y vuelva al Señor. Sus palabras son para nosotros un reto, como lo fueron para el pueblo judío cuando se encontraba esclavo en Babilonia.

La conversión debe expresarse en una pronta aceptación de la ley de Dios, lo que significa que nuestras vidas tienen que responder a esa ley y estar en conformidad con ella. Es otro modo de decir que nosotros debemos cumplir nuestra parte de la alianza.

Para nosotros, los cristianos, eso significa vivir de acuerdo con el evangelio de Cristo, en el cual la antigua ley encuentra su plenitud.

Se nos pide no sólo la aceptación de cada uno de los mandamientos en particular, sino también la voluntad de vivir según el espíritu de la nueva ley.

El profeta Baruc presenta una hermosa e incitante panorámica de lo que sería una vida de acuerdo con la ley. Sería una vida bendecida por la paz, el vigor y la felicidad. La ley no es algo legalista y concebido con mentalidad estrecha, sino un modo de vida. Es la encarnación y expresión viva de la sabiduría.

La séptima y última lectura del Antiguo Testamento (Ez 36,16-28) contiene la promesa de Dios de perdonar a su pueblo infiel, reunirlo de entre las naciones y restituirlo a su propia tierra. La redención se considera aquí como obra de restauración y reunificación. El pecado es causa de división y dispersión. Cristo, el redentor del género humano, ha llevado a cabo la restauración más perfecta reuniendo gentes de todas las naciones en la unidad de su cuerpo. No se puede concebir unión más estrecha entre Cristo y sus miembros.

Después hay una expresión profética que vuelve sobre el tema del bautismo: "Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará". Los padres de la Iglesia vieron aquí una alusión a las aguas purificadoras del bautismo. La respuesta del salmo responsorial: "Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío", expresa el ansia de los catecúmenos de recibir el sacramento del bautismo.

La parte final de la lectura vuelve sobre el tema de la alianza. En adelante la ley del Señor será obedecida no sólo literalmente, sino con el corazón. Esto se debe a que Dios mismo transformará el corazón humano, haciéndolo capaz de dar una respuesta generosa. De esta manera se establece entre Dios y el hombre una relación más íntima que la del parentesco humano. Es la verdadera relación de alianza expresada en estas palabras que se repiten en la Biblia como un estribillo: "Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios".

La oración que sigue a la séptima lectura puede considerarse como un resumen de todas las lecturas del Antiguo Testamento. Se puede elegir entre dos. La primera expresa el ruego de que Dios lleve a cabo y complete la obra de la redención hace tanto comenzada; es un ruego por la renovación de la Iglesia y de toda la humanidad. La segunda fórmula pide una comprensión más profunda del amor que motivó el misterio pascual.

El "Gloria" de pascua. A veces ocurre que al final de un largo viaje nos sorprende el hecho de haber llegado a nuestro destino. La

misma impresión se puede experimentar en la noche del sábado santo. La transición entre la profecía veterotestamentaria y el pleno esplendor pascual es repentina y casi imperceptible. Después de las siete lecturas con sus responsoriales y oraciones, se encienden las velas para la misa. No hay ruptura en la secuencia, sino una suave transición desde las tinieblas a la luz. La espera ha terminado, ha llegado pascua.

El celebrante entona el *Gloria*, ese alegre himno en prosa que hemos heredado de la antigüedad y que se recita o se canta en todas las misas festivas, excepto en cuaresma. Tradicionalmente está asociado con pascua de una manera particular, porque, según la costumbre romana, sólo podía ser cantado o recitado por los sacerdotes ordinarios en la misa de la vigilia. El *Gloria* expresa alabanza, adoración y súplica humilde. Para realzar la nota gozosa, se pueden tocar las campanas de la iglesia, proclamando así a lo lejos y ampliamente la buena nueva de la resurrección.

Sigue la oración colecta de la misa, en la que pedimos la gracia del espíritu filial y la renovación, para que, así renovados, podamos, entregarnos plenamente al servicio del Señor.

La primera lectura del Nuevo Testamento es de la carta de san Pablo a los Romanos (6,3-11). El Apóstol penetra el corazón del misterio pascual. Explica cómo, por el sacramento del bautismo, participamos en el misterio pascual de Cristo. Cristo, nuestra cabeza, sufrió, murió, fue sepultado y resucitó. Por la gracia del bautismo, nosotros, el cuerpo, estamos llamados a participar de una manera real e íntima en este misterioso paso de la muerte a la vida.

El bautismo es un comenzar de nuevo. El viejo estilo de vida queda atrás. El bautismo nos confiere el status de hijos de Dios. Desde ahora compartimos la vida de Cristo resucitado. La conducta moral cristiana debe estar de acuerdo con la dignidad de nuestra llamada. Nuestra vida ha de ser vivida en Cristo y con Cristo para Dios, nuestro Padre. Esto requiere una nueva actitud, una nueva orientación y sentido de finalidad. Un programa completo de vida cristiana se abre para nosotros en esta lectura.

El "Aleluya" de pascua. Después de la lectura, todos se ponen en pie y el sacerdote entona solemnemente el *Aleluya*, que la asamblea repite. Volvemos así a cantar esta aclamación tan expresiva de la alabanza, gozo y victoria que durante el largo período cuaresmal se omitía. La aclamación más característica del misterio pascual es precisamente esta singular palabra hebrea. Lo ideal es que se cante, y hay una melodía gregoriana muy sencilla para poder hacerlo así. San Agustín en sus homilías de pascua no

se cansa de explicar el significado del *Aleluya*, grito que anticipa la liturgia del cielo. Aquí sirve de heraldo al evangelio de la resurrección y al mismo Cristo que está presente y nos habla. Esa es la función del *Aleluya* en todas las misas, pero adquiere su pleno significado en la noche de pascua.

El *Aleluya*, repetido tres veces, forma también la respuesta del pueblo al salmo responsorial. El salmo elegido es el gran salmo pascual 117. La tradición cristiana siempre lo ha relacionado con el misterio pascual, y por eso lo encontramos constantemente a lo largo de todo este tiempo. Tal como se usa en esta liturgia, el salmo canta la victoria de Cristo resucitado, que es también la victoria de todos aquellos a quienes ha redimido. Los catecúmenos que van a ser recibidos en el seno de la Iglesia, los pecadores que han vuelto a la gracia, el pueblo entero de Dios, renovado durante la disciplina cuaresmal, todos pueden hacer propias las palabras del salmo que la tradición aplica a Cristo en su resurrección: "La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir; viviré para contar las hazañas del Señor".

El evangelio de la resurrección. La palabra evangelio significa buena nueva. Y, en efecto, el evangelio es la buena nueva de la salvación. El evangelio de la resurrección que se lee en la noche de pascua es el más alegre de todo el año.

En el leccionario actual leemos el evangelio de la resurrección según san Mateo en el ciclo A, el de san Marcos en el ciclo B y el de san Lucas en el ciclo C. La resurrección según san Juan se lee en la misa del día.

Con razón la Iglesia ha encontrado lugar para cada uno de los evangelios. Cada uno de los autores sagrados describe lo ocurrido a su manera. Pero el mensaje central es siempre el mismo.

San Mateo nos cuenta que el ángel dijo a las mujeres: "Ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ha resucitado, como había dicho". En el evangelio de Marcos, un joven vestido de blanco dice a las tres mujeres: "¿Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado". Lucas nos habla de dos jóvenes con vestiduras luminosas que preguntan: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado".

Lo que interesa a nuestra fe es el hecho de la resurrección, no los detalles que la rodearon. Nosotros creemos y profesamos que Cristo resucitó de entre los muertos el domingo de pascua. En eso consiste el verdadero núcleo de nuestra fe cristiana.

Los evangelistas, y Cristo a través de ellos, nos hablan en la liturgia de pascua. La Iglesia deja que los evangelios hablen por sí mismos, sin adornos ni calificaciones. Y la mejor disposición para oír y beneficiarse de las lecturas litúrgicas es permanecer atentos a ellas con fe sencilla y con prontitud para obedecer su mensaje.

El evangelio de la resurrección (sea de Mateo, de Marcos, de Lucas o de Juan) es un mensaje para aquí y ahora. Puede que nos suene familiar; pero ¿podemos acaso creer que hemos comprendido el misterio del que nos hablan? Es un reto a nuestra fe, que nos induce a reflexionar seriamente acerca de los fundamentos mismos de nuestra religión cristiana.

La resurrección no es mero acontecimiento histórico; es una realidad siempre presente, que afecta a la vida de cada uno de nosotros; ha cambiado el curso de la historia y puede transformar nuestras vidas.

La liturgia bautismal. La celebración del misterio pascual en la solemne vigilia proporciona el marco más adecuado para administrar el bautismo. Desde el siglo II, el bautismo de los catecúmenos adultos estuvo ligado a la pascua; incluso cuando en el siglo VI desapareció el catecumenado de adultos, la Iglesia de Roma siguió bautizando a los niños por pascua y pentecostés durante varios siglos.

Si hay candidatos al bautismo, en este momento el sacerdote invita a la asamblea a rezar por ellos. Se elevan fervorosas preces por los que están a punto de ser admitidos a la plena integración en la Iglesia, y como se hace también en otras ocasiones semejantes (ordenación sacerdotal, profesión religiosa), cuando los candidatos están a punto de comprometerse en una nueva vida, se rezan o cantan las letanías de los santos para implorar sobre ellos las abundantes bendiciones de Dios.

En esta letanía, la Iglesia de la tierra une su plegaria a la del cielo. Cristo, sus ángeles y sus santos son invocados en favor de los "elegidos" que en este momento se aproximan a las aguas del nuevo nacimiento. La letanía invoca a santos de todos los tiempos, incluso de nuestra época. Hay una petición especial por los que están a punto de ser bautizados: "Para que regeneres a estos elegidos con la gracia del bautismo".

En este momento se prepara el agua con una solemne oración de bendición. La hermosa fórmula, que se supone del siglo VI o tal vez anterior, nos presenta una reflexión bíblica sobre el misterio del bautismo. Recuerda de nuevo los temas de las lecturas del Antiguo Testamento: el agua que cubría la tierra en el principio y el paso

del mar Rojo, y los completa con los del Nuevo Testamento, como el bautismo de Cristo en el Jordán y la sangre y agua que brotó de su costado cuando fue traspasado en la cruz.

El Espíritu Santo, que se cernía sobre las aguas en los albores de la creación y que descendió sobre Jesús en forma de paloma en el Jordán, es invocado ahora para que santifique la pila bautismal. El agua es el elemento material mediante el cual, por el poder del Espíritu Santo, el hombre es purificado del pecado y del vicio y engendrado a nueva vida. La pila bautismal es a la vez la tumba en que somos sepultados al pecado y el seno materno del cual renacemos como hijos de Dios.

El papel del Espíritu Santo en la santificación del agua es evocado poderosamente mediante el rito de la triple inmersión del cirio pascual en la pila, diciendo: "Te pedimos, Señor, que el poder del Espíritu Santo, por tu Hijo, descienda sobre el agua de esta fuente". El cirio se mantiene en la pila hasta terminar la bendición.

Ha llegado el momento del bautismo. Es deseable que haya algunos candidatos, ya sean niños o adultos. Ser bautizados en esta noche especial significa participar de manera singular en la celebración del misterio pascual. El paso de la muerte a la vida simbolizado y realizado por el bautismo coincide con la celebración litúrgica de ese mismo misterio.

A continuación se nos da a todos la oportunidad de renovar y consolidar nuestro compromiso bautismal. Es uno de los momentos cumbre de la celebración pascual, para el que veníamos preparándonos a lo largo de toda la cuaresma.

Todos los presentes se ponen en pie con sus velas encendidas y, a invitación del sacerdote, renuevan su profesión de fe bautismal. En primer lugar renuncian a Satanás, a sus obras y a sus promesas engañosas. Luego profesan su fe en los artículos del Credo.

Este rito de renovación fortalece la unión de la comunidad. Todos nosotros: sacerdotes, religiosos y seglares, estamos unidos en la profesión de una misma fe; formamos el pueblo de Dios; somos los fieles de Dios, es decir, el pueblo establecido en la profesión de la fe bautismal.

Todo esto fue muy sencillo en nuestro propio bautismo. Los padrinos prometieron por nosotros. Pero hacer nuestra esa fe y vivirla como adultos no es cosa fácil. Nuestra fe puede ser sometida a dificultades de toda índole, mas también se nos da la gracia de poder decir, convencidos: "Yo creo". La gracia de la pascua es la gracia de una fe reencontrada. No solamente

profesamos esa fe, sino que nos comprometemos a vivir según ella; lo cual significa renunciar a todo lo que es contrario a nuestra vida en Cristo.

Después de concluir con una oración, el sacerdote asperja al pueblo con el agua bendita, recordándole una vez más el bautismo. Durante la aspersion puede cantarse un canto bautismal.

La liturgia eucarística. La liturgia eucarística comienza de la forma acostumbrada con la presentación de los dones. Una rúbrica recomienda que los dones sean llevados al altar por los nuevos bautizados, los cuales reciben honor especial por tratarse de la misa de su primera comunión.

La eucaristía completa la obra divina comenzada en nosotros por el bautismo. Junto con la confirmación, integra la iniciación cristiana. A nosotros toca cooperar con la gracia divina para llevar este proceso a plena madurez. Con una conducta moral inspirada en el evangelio y sostenidos por los sacramentos, debemos "hacernos lo que somos", esto es, crecer hasta la plena realización de nuestro status de hijos adoptivos de Dios. Esta idea de plenitud se recuerda en la oración sobre las ofrendas: "Que este misterio pascual de nuestra redención lleve a perfección el misterio salvífico que has comenzado en nosotros".

El significado particular de la misa y comunión de pascua se expresa en el primer prefacio:

Es nuestro deber y salvación glorificarte siempre, Señor; pero más que nunca en esta noche en que Cristo, nuestra pascua, ha sido inmolado. Porque él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo; muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida.

La misma nota pascual se percibe en el antiguo canon romano (plegaria eucarística I), que tiene inserciones propias para esta fiesta. Comienza así: "Reunidos en comunión para celebrar el día santo (la noche santa) de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo".

Se hace mención especial de los nuevos bautizados. "Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa por aquellos que has hecho renacer del agua y del Espíritu Santo, perdonándoles todos sus pecados". Este texto llama nuestra atención sobre los poderes que se nos confieren en el bautismo. Este sacramento otorga a todos aquellos que lo reciben una participación en el sacerdocio de Cristo que los capacita para ofrecer el sacrificio eucarístico 3.

La participación activa en la eucaristía tiene su más perfecta expresión en la comunión sacramental. Por la participación en el cuerpo y la sangre de Cristo nos unimos del modo más íntimo al sacrificio del Sumo Sacerdote. Esta realidad encuentra su expresión más gozosa en la antífona de comunión: "Ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo. Así pues, celebremos la pascua con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad. Aleluya".

En la oración poscomunión se pide la gracia de la unidad:

Derrama, Señor, sobre nosotros, tu espíritu de caridad, para que vivamos siempre unidos en tu amor los que hemos participado en un mismo sacramento pascual.

Esta es la intención por la que el mismo Cristo rogó en la última cena: "Que todos sean uno" (Jn 17,11). Este era el objetivo de su muerte sacrificial, "reunir en uno solo los hijos de Dios dispersos" y atraer a todos hacia sí (Jn 11,52; 12,32). Esta unidad es perfeccionada por el Espíritu Santo que une a todos los seguidores de Cristo y los convierte en su cuerpo, la Iglesia. Recibiendo el cuerpo y la sangre de Cristo nos llenamos del Espíritu Santo y nos hacemos un solo cuerpo y un solo espíritu con él 4.

Nuestra comunión pascual nos ha hecho instrumentos más efectivos de la paz y el amor de Dios. Nuestra misión consiste en extender la buena nueva de su amor divino y trabajar por la realización del amoroso designio de Dios sobre el mundo. Para eso somos enviados por las palabras del sacerdote: "Podéis ir en paz; aleluya, aleluya".

Conmemoración de Nuestra Señora. Según una antigua tradición, Jesús resucitado se apareció en primer lugar a María, su madre. Tal aparición no consta en los evangelios, pero hubiera sido muy adecuada. Sea que se acepte o no, ello es que ha dado origen a una hermosa costumbre que se conserva en algunas comunidades monásticas.

Al concluir la misa de la vigilia pascual, el celebrante, los ministros y la comunidad se encaminan en fila desde el presbiterio. En un lugar especial de la iglesia se ha colocado un cuadro o escultura de la Dolorosa adornado con flores. Ante él se detiene la procesión y los monjes se vuelven hacia la *piedad*. Entonces un cantor entona el *Regina Coeli*, a cuyo canto se une la comunidad. Como se supone que Cristo llevó la buena nueva de la resurrección ante todo a su madre en la mañana de pascua, así la Iglesia ahora revive la escena con las palabras de la antífona:

Reina del cielo, alégrate, ialeluya!
Porque el Señor a quien mereciste llevar, ialeluya!, resucitó según su palabra, ialeluya!

Mañana del domingo

Los cristianos de rito ruso y otros de ritos orientales cuando se encuentran por pascua se saludan con la tradicional expresión: "El Señor ha resucitado", a lo que se responde: "Verdaderamente ha resucitado". Ciertamente es un saludo mucho más expresivo que nuestro banal "Felices pascuas". Es en la liturgia donde encontramos las expresiones adecuadas para manifestar el gozo de la pascua. La respuesta al salmo invitatorio del oficio de lecturas corresponde al saludo ruso: "Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya".

Con el correr del tiempo se han desarrollado costumbres de todas clases en torno a las fiestas religiosas, especialmente navidad y pascua. Una costumbre irlandesa merece especial consideración". Se trata de una práctica que tiene lugar especialmente en ambientes rurales, donde la gente madruga en la mañana de pascua para ver la "danza" del sol. Creo que esta idea y la costumbre correspondiente puede tener una interpretación cristiana como, por ejemplo, que la creación entera comparte el gozo de la resurrección. Así lo expone san Pablo: "La creación está aguardando ser liberada como nosotros de la esclavitud de la decadencia para gozar la misma libertad y gloria que los hijos de Dios" (cf. Rom 8,19-23). La redención ganada por Cristo se extiende por todo el universo.

La misa. A plena luz del día, la Iglesia se reúne por segunda vez para celebrar la eucaristía pascual. El cirio está encendido sobre su candelero elevado. El presbiterio adornado con flores. Las vestiduras son blancas para simbolizar la alegría, y la antífona de entrada comienza con gozosas palabras: "He resucitado y aún estoy contigo, has puesto sobre mí tu mano: tu sabiduría ha sido maravillosa, aleluya". ¡Con cuánta habilidad la Iglesia se sirve de los salmos para expresar tanto los dolores como el gozo de Cristo! Aquí es el mismo Cristo quien habla dirigiéndose al Padre. Ha resucitado, ha vuelto ya al Padre. Este es el verdadero grito de la victoria del Cristo *total*, cabeza y miembros. Como bien dice una de las oraciones de la vigilia pascual, los que han caído son levantados, lo viejo se renueva y todo es llevado a perfección 5.

La oración colecta de la misa pide una renovación de nuestra vida moral en consonancia con el misterio de la resurrección: "Concede a los que celebramos la solemnidad de la resurrección de Jesucristo

ser renovados por tu Espíritu, para resucitar en el reino de la luz y de la vida".

En la primera lectura, de los *Hechos de los Apóstoles* (10,34.37-43), san Pedro nos dirige la palabra dando testimonio de la resurrección de Jesús. Su discurso da un resumen de la vida pública de nuestro Señor, comenzando por su bautismo de manos de Juan. Todos los acontecimientos de esa vida demuestran tener poder salvífico y culminan en la muerte y resurrección.

La realidad de la resurrección se afirma rotundamente no sólo por la declaración: "Dios lo resucitó al tercer día", sino también por la afirmación de que después de la resurrección los apóstoles habían "comido y bebido" con él. San Pedro, el jefe de los apóstoles, da testimonio de todo ello. Habla como testigo presencial, pero también desde la experiencia de su fe personal iluminada por el Espíritu Santo. Este testimonio apostólico es importante para nuestra propia aceptación de la fe. El discurso de Pedro no es solamente una narración de lo que aconteció en la vida de Cristo; es también una profesión de fe, una proclamación de la creencia cristiana.

Esta lectura contiene además otro mensaje: la salvación que Cristo nos conquistó tiene una finalidad universal. "Quien cree en él, recibe la remisión de los pecados por su nombre". A través de la fe todos los hombres tienen acceso al poder salvífico de su muerte y resurrección.

En la segunda lectura, san Pablo se dirige a los cristianos de Colosas (Col 3,1-4) exhortándolos a vivir según el estado adquirido recientemente. La resurrección de los cuerpos y la gloria que nos está reservada sigue siendo objeto de esperanza; pero por nuestra unión íntima con Cristo disfrutamos con anticipación el gozo de la herencia futura.

Mientras peregrinamos en la tierra hemos de buscar siempre al Señor, porque él es nuestra vida: "Deleitaos en lo de arriba, no en las cosas de la tierra". Pero no es que san Pablo nos sugiera negligencia en las tareas humanas o en la atención a las personas con quienes vivimos. Eso sería una espiritualidad falsa. Hemos de vivir completamente comprometidos en la vida de este mundo sin quedar sumergidos o cautivados por él. Debemos tener presente que nuestro destino último no está aquí, en el mundo material, sino "oculto con Cristo en Dios", y que esperamos su venida y manifestación para que nuestras vidas reales puedan ser manifestadas.

El leccionario presenta otra lectura alternativa tomada de la primera carta de san Pablo a los Corintios (5,7-8); en ella los exhorta a vivir en "sinceridad y verdad", puesto que Cristo, nuestra pascua, ha sido inmolado.

La secuencia *victimae paschali* es una composición medieval que resume el misterio de la redención en forma poética. Cuando se canta con la melodía gregoriana, contagia del alborozo del primer domingo de pascua. Se presenta en forma de un apresurado diálogo entre nosotros y María Magdalena. María da testimonio de lo que ha visto; y nosotros, creyentes y discípulos, damos también nuestro propio testimonio: "Sabemos que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos". (Es de notar cómo el tema de combate victorioso, tan grato a los padres de la Iglesia, aparece de nuevo en la secuencia.)

El evangelio está tomado de san Juan (20,1-9). Una vez más encontramos a María Magdalena, que llega a la tumba "muy de mañana el primer día de la semana" y descubre que está vacía. De momento queda consternada. Luego corre a comunicarlo a los dos discípulos, los cuales, al oírlo, rivalizan corriendo hacia la tumba para llegar el primero. Llega antes Juan, pero permite a Pedro que pase delante.

"Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó". Este ver y creer constituye el clímax del evangelio. La proclamación del evangelio de pascua tiende a suscitar en cada una de las asambleas litúrgicas la misma respuesta de fe. Esta fe se apoya en el testimonio de los apóstoles y en las Escrituras inspiradas, que revelan el plan de Dios.

La celebración de este día debería hacernos más conscientes del carácter pascual de toda misa. La aclamación a la que estamos tan acostumbrados adquiere nueva profundidad y significado en el tiempo pascual: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección; ven, Señor Jesús", es particularmente adecuada para el día de hoy y hace eco al prefacio de pascua: "Muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida". En el mismo prefacio se describe a Cristo como "el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo", palabras que anticipan las que dice el sacerdote antes de la comunión: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

Nuestra participación en el sacrificio y sacramento de la misa nos capacita para vivir más auténtica y efectivamente el misterio que se inició en nosotros con el bautismo. En palabras de J. M. Tillard: "Por su conversión de corazón y su arrepentimiento, (el cristiano) entra en la muerte de Jesús; por la nueva calidad de obras y de

vida, entra en su resurrección. Es la ley pascual del misterio cristiano".

Finalmente, hay una nota escatológica que se pone de especial relieve en la liturgia de pascua y que nunca está ausente de cualquier celebración eucarística: cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas (1 Cor 11,26). En la oración que sigue a la consagración (*anamnesis*) no sólo conmemoramos misterios pasados, sino que también consideramos la venida del Señor en su gloria. La liturgia de este día imprime en nuestras mentes algo que ya sabemos, que la eucaristía es prenda de vida eterna, de nuestra futura resurrección. El sagrado banquete de la eucaristía nos hace pregustar la eterna fiesta pascual: "¡Dichosos los llamados a esta cena!", es decir, "a la fiesta de las bodas del Cordero" (Ap 19,9).

Con esta nota de gozosa expectación, la oración poscomunión resume nuestras esperanzas y peticiones: "Protege, Señor, a tu Iglesia con amor paternal, para que, renovada por los sacramentos pascuales, llegue a la gloria de la resurrección".

La solemne bendición, que puede usarse en el tiempo pascual, dirige también nuestros pensamientos hacia la gloria futura: "Ya que por la redención de Cristo recibisteis el don de la libertad verdadera, por su bondad recibáis también la herencia eterna... Y pues confesando la fe habéis resucitado con Cristo en el bautismo, por vuestras buenas obras merezcáis ser admitidos en la patria del cielo".

Domingo por la tarde

La tarde del domingo de pascua está llena de sugerencias para nosotros. En primer lugar nos recuerda la aparición del Señor a dos discípulos por el camino de Emaús, que nos relata san Lucas (24,13-35). Los dos hombres van caminando abatidos y no reconocen al forastero que se une a ellos en el camino. Van discutiendo acerca de lo que acaba de suceder. Jesús reprende su falta de fe, y luego les explica cómo todo aquello estaba previsto en las Escrituras. Cuando llegan a la posada invitan al forastero a cenar y quedarse con ellos durante la noche. Luego, mientras comían, sus ojos se abrieron y "lo reconocieron al partir el pan".

Si se celebra misa el día de pascua por la tarde, debe leerse el evangelio de Lucas que narra este hecho 6. Es lo más apropiado para esta tarde. Aunque no figure en la liturgia, no deberíamos omitirlo en nuestra lectura bíblica.

"Quédate con nosotros, Señor, que anochece". La Iglesia hace suya esta apremiante invitación. Es una llamada al Señor para que permanezca con su pueblo y proteja a su comunidad. Es un grito que se oye con frecuencia durante la liturgia del tiempo pascual 7.

Con las segundas vísperas del domingo de pascua se cierra el triduo pascual. Esta oración de alabanza, acción de gracias y petición cierra, en ambiente de recogimiento, las celebraciones del día. Con los salmos, el cántico del Apocalipsis y el *Magnificat*, la Iglesia expresa su acción de gracias por la redención.

La tradición cristiana asocia a los nuevos bautizados con esta acción vespertina. La ceremonia incluía una procesión al baptisterio en donde, la noche precedente, aquellos nuevos cristianos habían recibido las aguas del nuevo nacimiento. Allí cantaban algunos salmos y el *Magnificat*, conmemorando agradecidos el sacramento que habían recibido. Visitaban también la capilla en que habían sido confirmados. Esta especial oración vespertina de pascua tuvo origen en Roma entre los siglos v y vi; de allí se propagó a otras partes de Europa, conservándose acá y allá hasta nuestros días. Atraía de tal manera la devoción popular que solía llamarse el "Oficio glorioso" (*Officium gloriosum*).

En esta misma tarde, el primer día de la semana, Jesús se apareció también a sus discípulos reunidos en la sala de arriba en Jerusalén. El evangelio que nos relata este hecho es de san Juan (20,19-31). Se lee en la misa del segundo domingo de pascua; pero en el día mismo de resurrección se recuerda este maravilloso acontecimiento dentro de la oración de la tarde. La antífona del *Magnificat* dice: "Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: 'Paz a vosotros'. Aleluya".

Con esta nota de paz termina el domingo de pascua. La celebración termina; sin embargo, continúa, en una atmósfera de quietud y recogimiento, a nivel personal. Junto a la celebración pública y litúrgica está la "fiesta íntima" del corazón.

La paz es el principal don de Cristo a sus discípulos y a nosotros en este día. Por su misterio pascual ha restablecido la paz entre Dios y el hombre. El mismo es nuestra paz, y esta paz produce gozo inmenso. Bien podemos exclamar con los discípulos: "Hemos visto al Señor y estamos alegres".

INVITACIÓN A LA VIGILIA PASCUAL

SAN AGUSTÍN

Preparemos, hermanos, nuestro espíritu para celebrar la noche pascual, la santa festividad en la que durante la noche fue destruida la noche para siempre, en la que, llevando velas encendidas en las manos, ahuyentaremos las tinieblas. Se trata de celebrar la noche que alegra nuestra fe como si fuera un día de alegría para el corazón, la noche que se celebra, como sabéis, en memoria de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Para celebrar en nuestra vigilia el despertar de Cristo de entre los muertos nosotros, los que aún tenemos necesidad de dormir, no podemos hacer nada más apropiado que imitar, hasta que nos llegue el momento, a nuestra Cabeza, despierta ya para siempre. Dispongámonos, pues, a velar también nosotros puesto que estamos llamados a resucitar como él y a reinar con él en una vigilia eterna en la que ya no habrá sueño alguno.

Esta gran solemnidad simboliza justamente, a través de un espacio de tiempo, lo que sin límite alguno de tiempo poseeremos para siempre en la eternidad.

Velemos, pues, en presencia de Cristo despierto y, en cuanto nos sea posible, privémonos del sueño un poco de tiempo en honor de aquél a quien ya no domina el sueño.

Mantengámonos en guardia y seamos el verdadero Israel según el espíritu: Tu guardián no duerme, no duerme ni reposa el guardián de Israel (Sal 120, 4) y velemos en esta solemnidad en honor de Cristo, el guardián que ya nunca duerme.

Adhirámonos a Cristo con el vínculo de la fe para que así nuestro corazón, ligado a él por este vínculo, no se aparte ya más de aquél que desconoce definitivamente el sueño hasta que, desaparecida también para siempre nuestra mortalidad y nuestra corrupción, nos unamos totalmente a

su cuerpo glorioso en aquella eternidad en la que tampoco nosotros podremos dormir ni dormitar nunca jamás.

Con María... esperamos la resurrección

“Sacó a los poderosos de sus tronos y puso en su lugar a los humildes” Lc 1,52

María, en su canto del Magnificat, pone de manifiesto que los pobres tienen muchos motivos para alegrarse porque Dios glorifica a los pobres y abaja a los orgullosos. María, al hacerse sierva, expresó la confianza más absoluta en el Dios redentor. En ella vemos al pobre que viene exaltado. En su *“he aquí la esclava del Señor”*, María da un consentimiento total al proyecto de Dios y se hace disponible para la misión que Dios le encomienda. Por eso la llamarán bienaventurada, *“por eso todos los hombres dirán que soy feliz”* (Lc 1,48)

En el Magnificat el Evangelista Lucas interpreta los hechos anteriores a la Pascua con la luz que brota de ella: la luz es la **RESURRECCION** de Jesús. Jesús, que asumiendo el papel de siervo, puso su total confianza en el Padre y asumió la misión de Salvador en la Cruz. Por eso fue exaltado, por eso fue resucitado por el Padre, porque *“siendo de condición divina, no reivindicó, en los hechos, la igualdad con Dios, sino que se despojó, tomando la condición de servidor, y llegó a ser semejante a los hombres. Más aún: al verlo, se comprobó que era hombre. Se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y muerte en una cruz. Por eso Dios lo engrandeció”* (Fil. 2,6-9).

El **“sí”** de María es anterior al **“sí”** de Jesús, es decir, el cumplimiento de su misión de madre posibilita la misión del Hijo. Por eso ella es glorificada como el Hijo y, nosotros sus hijos, los que andamos dispersos, los marginados y víctimas de toda clase de opresión (la injusticia, el pecado la enfermedad) tenemos la posibilidad de subir, de ser glorificados como la Madre y el Hijo, si, como ellos, asumimos el papel de siervos, damos nuestro consentimiento al proyecto de fraternidad y de justicia que Dios nos propone y nos hacemos disponibles para esa misión de ser luz en medio de las tinieblas.

Celebramos la Pascua: el paso de la muerte a la vida, el triunfo del SIERVO y de la SIERVA, la esperanza de los pobres, de los que son capaces de confiar completamente en la bondad de Dios y

hacerse disponibles para la misión que de ser luz, testigos de la fraternidad y promotores de la justicia.

"LA PASCUA DEL SEÑOR RESUCITADO"

Esta noche velamos; nuestra asamblea ha de tener un clima de vigilia, esto es, de contemplación. La noche es para nosotros el signo del silencio expectante con que ayer acabamos, signo de nuestra vida humana con sus oscuridades y silencios. La noche nos hace presente el final repentino del relato de la pasión del Domingo de Ramos y del Viernes santo. En el silencio de la noche hemos de poder escuchar la "Palabra de Dios" audible cuando calla la lengua humana. No está aquí. Ha resucitado, seguida de la misión: Ahora id a decir... que después de la noche nace el día, que en el silencio está la Palabra, que en la vida humana se presenta la vida de Dios. Id a decir que es Pascua porque el Señor "ha pasado" por la vida de los hombres desde la misma Creación, y en la plenitud de los tiempos "ha hecho pasar" a Jesús de muerte a Vida, y hoy "nos hace pasar", a nosotros, a vida nueva por el Bautismo y la Eucaristía.

Escuchemos contemplativamente, esta noche, la voz de Dios que pasó creando todas las cosas (1ª lectura) y después de poner al hombre reconoció que era muy bueno. Pasó evitando a Abrahán la muerte de su hijo Isaac (2a). Pasó librando a los israelitas de la esclavitud (3a) y suscitando en ellos un cántico de alabanza. Pasó haciéndose oír por la voz de los profetas que recordaban el amor eterno de Dios hacia su pueblo (4a), amor que se convierte en alianza eterna que sacia la sed de la vida del hombre (5a), amor que por el camino de los preceptos de la vida conduce a la auténtica sabiduría (6a), amor que da un corazón nuevo y un espíritu nuevo (7a).

Estallemos de gozo cuando en el texto del evangelio escuchemos que la piedra estaba corrida y en la epístola recordemos que por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte... para que andemos en una vida nueva. Por medio del Bautismo, Dios también pasa por nuestra vida y nos permite vivir ya ahora la eternidad de Dios: consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

* UNA VIGILIA LLENA DE SIGNOS

En efecto. La Liturgia de la Palabra de Dios nos ofrece el contenido pleno de esta noche, pero hay muchos signos que han de poder hablar por sí mismos y que debemos tener muy bien preparados para que sea así:

* El lucernario, con la bendición de fuego nuevo y el encendido del cirio pascual. Su luz y entrada en procesión en el templo, rompe la oscuridad de la noche. En la bendición del cirio repetimos aquellas palabras que tanto sentido toman en este año santo: Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega... por los siglos de los siglos.

* El anuncio de la Pascua, este texto poético tan antiguo, que nos permite volver a cantar: ¡Feliz culpa que mereció tal Redentor!

* Las lecturas que, además del salmo de meditación que las sigue (excepto en la del Éxodo que es su continuación), van seguidas de su oración propia.

* El canto del Gloria, que separa el Antiguo del Nuevo Testamento, con el toque de las campanas, el acompañamiento musical festivo y la ornamentación del altar con el encendido de los cirios.

* El Aleluya que tiene hoy un protagonismo especial sumergiéndonos en el gozo pascual que mantendremos durante cincuenta días.

* La breve homilía que no debe apagar el clima significativo de la vigilia y que ha de invitar a la alegría.

* En cuanto sea posible, la celebración del Bautismo durante la Vigilia, acompañando a la renovación de nuestro Bautismo.

* Cada uno de los elementos bautismales debe de estar bien situado: la letanía, la bendición del agua bautismal, que será aspergida significativamente, la renuncia y profesión de fe, y el mismo Bautismo.

* La oración de los fieles, continuación y complemento de la gran oración del Viernes Santo al pie de la cruz.

* El canto del prefacio o al menos de su introducción.

* Las partes propias de esta noche en la plegaria eucarística.

* El tono bautismal que tiene hoy la recitación del Padrenuestro.

* La comunión bajo las dos especies -siempre que sea posible y debiéramos procurar que lo sea- para remarcar la centralidad pascual de la Eucaristía.

* La despedida añadiendo el doble Aleluya y expresando vivamente que ya hemos entrado en la Cincuentena Pascual.

* "HOY" ES PASCUA

Hemos completado el Triduo: "hoy" es Pascua. Hemos entrado en el tiempo pascual. Todo debe manifestar, en nuestras celebraciones y en nuestra vida, que Pascua es el corazón de nuestra fe. El Señor resucitado nos envía al mundo, transformados por su fuerza de vida: Allí lo veréis, como os dijo. Contagiamos, pues, a todos el gozo pascual.

EL CANTO DE MOISÉS Y LA VIGILIA PASCUAL

"Dichoso aquel que comprende el significado de los cantos escribe Orígenes, puesto que nadie canta si no está en fiesta; pero dichoso aún más quien canta el canto de los cantos. Antes es preciso salir de Egipto para poder entonar el primero de los cantos: Cantad a Yavé, que se ha mostrado de modo glorioso"¹. Podría pensarse que la idea de agrupar los cantos del Antiguo Testamento en una especie de escala progresiva que marca a un mismo tiempo las etapas de liberación de la humanidad y el rescate del alma sea una invención genial, pero caprichosa, del gran alegorista alejandrino. Pero la razón de haberle aducido es el testimonio que él mismo nos da de un uso litúrgico anterior a él.

El canto del Éxodo formaba parte, sin duda alguna, de la pascua judía. De ella pasó a la liturgia de la primitiva Iglesia. Zenón de Verona nos lo asegura ya en el siglo IV. Baumstark piensa que formaba parte, junto con el cántico de los tres jóvenes, del núcleo primitivo de la vigilia pascual. Por eso la Iglesia, con un instinto seguro, en la reciente reforma litúrgica del oficio de la vigilia pascual lo ha mantenido, justificando el que, a imitación de Orígenes, busquemos en el cántico de Moisés la expresión de la alegría del pueblo de Dios ante el misterio pascual de la salvación de las naciones.

«Antes es preciso salir de Egipto...» El primer cántico es el del éxodo. El Antiguo Testamento nos muestra el bosquejo de las

grandes obras de Dios, el Nuevo nos anuncia su cumplimiento, la Iglesia nos presenta su resonancia actual. El Éxodo es una de las obras más importantes realizadas por Dios. Es propiamente un misterio de liberación. No es sino un aspecto de la pascua, pues la pascua encierra en sí misma todo el misterio cristiano: es creación y liberación, expiación y purificación. El canto del éxodo no exalta más que un aspecto particular: el de la liberación del pueblo de Dios, cautivo de las fuerzas del mal. Este misterio del Dios libertador reaparece en todos los niveles de la historia de la salvación, como un sonido que se prolonga en ecos cada vez más profundos. A orillas del mar Rojo es liberación de Israel perseguido por el ejército del faraón; a orillas de las aguas profundas de la muerte es liberación de Cristo cautivo del príncipe de este mundo; a orillas de las aguas del bautismo es liberación del pagano, cautivo de los poderes de la idolatría, misterio misional, entrada en la Iglesia, edificación del cuerpo místico; a orillas del mar de cristal mezclado de fuego, que nos describe el Apocalipsis, es liberación escatológica de los cautivos de la bestia: la muerte. Y siempre, tras la otra orilla, tras haber escapado milagrosamente de la persecución del enemigo, el pueblo de los rescatados entona el cántico triunfal.

El pueblo de Israel, guiado por la columna de nube, huía de la tiranía egipcia. El faraón y sus carros de combate salen en su persecución. El pueblo llegó al mar. El camino estaba cortado. Se encontraban abocados o a un total aniquilamiento o a una nueva servidumbre. Situación trágica de un ejército acorralado junto al mar hasta el punto de ser destruido o capturado. Es menester subrayar fuertemente este carácter desesperado de la situación, ya que ello da todo el sentido al episodio. En efecto, precisamente en el momento crítico en que se encontraban con imposibilidad absoluta de poder salvarse por sí solos es cuando el poder de Dios realiza lo que para el hombre era imposible:

«Moisés extendió su mano sobre el mar e hizo soplar Yavé sobre el mar toda la noche un fortísimo viento solano. Los hijos de Israel entraron por el medio del mar y las aguas formaban una muralla a derecha e izquierda. Los egipcios los seguían y entraron detrás en medio del mar. Moisés extendió ahora su mano, y las aguas, reuniéndose, cubrieron los carros, los caballeros y toda la armada del faraón, de tal forma que no escapó ni uno solo» (Ex 14, 21-28).

Esta acción de Dios librando a su pueblo de una situación desesperada será a través de los siglos el mayor recuerdo de la historia de Israel:

« ¿No eres tú quien secaste el mar, las aguas del profundo abismo, y tornaste las profundidades del mar en camino para que pasasen los redimidos?» (Is 51,10).

Después, al contemplar al alba, tras la noche trágica y prodigiosa, los cadáveres de los egipcios llevados por las olas a la orilla, Moisés y los israelitas improvisaron el canto del éxodo:

«Cantaré a Yavé, que se ha mostrado sobre modo glorioso. Él arrojó al mar al caballo y al caballero. Yavé es mi fortaleza y el objeto de mi canto. Él ha sido mi salvador...»

María, la profetisa, hermana de Aarón, toma en sus manos un tamborín y todas las mujeres la siguen tocando y danzando. María respondía a los hijos de Israel

«Cantad a Yavé, que se ha mostrado sobre modo glorioso. Él arrojó al mar al caballo y al caballero...»

A orillas del mar Rojo se formó la primera liturgia pascual. Dom Winzem ha podido escribir que «en esta hora nació el oficio divino». Ciertamente se trata de una verdadera liturgia. El coro de las mujeres, repitiendo el estribillo, alterna con el de los hombres, que canta las estrofas. Nosotros lo cantamos todavía en la vigilia pascual, y resonará en adelante, a través de toda la historia de la salvación, en todas las pascuas. Hay algo de extraordinario en esta continuidad, y la liturgia aparece aquí como maestra de doctrina. Nos muestra la fidelidad de Dios que salva a su pueblo.

Si la travesía del mar Rojo es una obra admirable de Dios, el Antiguo Testamento nos muestra que Dios realizará en el futuro una obra de liberación mucho más admirable todavía. El mensaje específico del Antiguo Testamento consiste en anunciarnos este suceso. Es esencialmente profecía. Recoge los acontecimientos pasados únicamente para fundamentar nuestra esperanza en los acontecimientos futuros, y no para que nos desesperemos en la nostalgia de un pasado perdido irremediablemente o imposible de revivir más que por un mero volver hacia atrás. He aquí una diferencia fundamental entre el libro santo de los judíos y los de las religiones naturales. Éstos tienen como objeto siempre el mito original, que subsiste en un tiempo arquetipo y en el que el hombre, arrastrado por la ola del tiempo profano, se esfuerza por participar, en virtud de esos mismos ritos que renuevan las fuerzas de la vida, en las fuentes mismas de la creación primera.

Pascua ha sido el aniversario de la travesía del mar Rojo: era una primera liberación y una gran obra de Dios; pero la liberación nueva que había de realizarse al fin de los tiempos es tanto más

gloriosa cuanto que pascua no será en adelante para nosotros sino el memorial de la resurrección de Cristo. En cierto sentido podemos decir que pensamos más en la antigua alianza. Cuando el sol domina el horizonte, escribía san Basilio, no hay necesidad de lámparas. Con todo, siempre es bueno volver sobre esos esbozos de la ley antigua ya que nos ayudan a comprender mejor el sentido de unas acciones mucho más admirables, las de la ley nueva. Además, por el contraste que nos ofrecen entre sí, nos permiten captar mejor su grandeza.

Por eso, he aquí lo que en el corazón mismo del Antiguo Testamento anunciaba Isaías, profeta del nuevo éxodo:

«Así habla Yavé que abre un camino en las nubes, un sendero en las aguas poderosas. No os acordéis más de los acontecimientos pasados y no consideréis ya más las cosas de otro tiempo: he aquí que voy a hacer una maravilla nueva» (Is 43, 16-19).

Es cierto que la travesía del mar Rojo fue una maravilla, pero la maravilla nueva que Dios va a realizar es tal que ya aquélla no se recordará más. En seguida Isaías nos muestra la nueva creación oscureciendo el resplandor de los primeros cielos, de la primera tierra. En estos mismos términos nos dice lo mismo el nuevo éxodo.

Esta liberación nueva y definitiva, se realizó en la resurrección de Cristo, llevada a cabo en la misma noche en que Dios libró a su pueblo del poder de los egipcios. El mensaje del Nuevo Testamento no es precisamente enseñarnos y mostrarnos una liberación más extraordinaria que la del éxodo. El Antiguo Testamento sería ya suficiente para eso. El auténtico mensaje del Nuevo Testamento consiste en hacernos saber que esta liberación se ha cumplido ya. Una sola palabra resume el Nuevo Testamento: «hodie». «Hoy estarás conmigo en el paraíso.» El objeto que persiguen los evangelistas es precisamente el mostrarnos que el futuro escatológico, la liberación futura anunciada por el profeta se ha cumplido ya. Jalonan la vida de Cristo los símbolos del éxodo: la serpiente de bronce, la roca de aguas vivas, el maná celestial, la columna luminosa.

Esta liberación, sin embargo, es de mayor envergadura que la del éxodo. Entonces se trataba solamente del pueblo judío cautivo de los paganos; aquí se trata de la humanidad entera cautiva de las fuerzas del mal, de lo que llamamos el pecado original. De igual modo que el pueblo de Israel se encontraba en una situación desesperada, aquí es la humanidad toda la que se encuentra en esa misma situación. Lo más grave es que no puede salir de ese apuro por sí sola. No hay salvación del hombre por el hombre. El

hombre es presa de la muerte, privado de la gracia de Dios en su alma, de la vida de Dios en su cuerpo. El mal no es un problema en el que el hombre haya tomado parte. Existe un misterio del mal, raíz venenosa de la que ese mal pulula sin cesar y a donde es incapaz de llegar la industria humana.

Uno solo ha sido el que ha llegado a la raíz de las cosas y curado el mal oculto en su origen: Aquel que en la noche del viernes santo bajó al reino de la muerte para destruir su poder y rescatar a cuantos ésta tenía bajo su dominio. Cuando Cristo muere sobre la cruz la tarde del viernes santo parece como si la noche cayera definitivamente sobre el mundo, como si toda esperanza fuera en adelante vana, como si la muerte hubiera tomado en su poder a su mayor enemigo. Pero Cristo descendió a la prisión de la muerte para romper los cerrojos de hierro, y en la mañana de pascua aparece vencedor, quebrado para siempre el poder de la muerte sobre Él y sobre la humanidad entera.

Este sentido tiene la eclosión de la alegría pascual:

«Cantad a Yavé, que se ha mostrado de modo glorioso. Arrojó al mar al caballo y al caballero.»

No es solamente el pueblo de Israel, perseguido por el faraón, el que canta su rescate a orillas del mar Rojo. Es la humanidad toda la que, librada de las profundas aguas de la muerte, alaba la obra poderosa realizada por el Verbo de Dios. El cántico del éxodo es aquí el cántico de los rescatados, de todos aquellos que estaban sumergidos en el abismo de la muerte y que, librados ya, contemplan las fuerzas del mal que les tenían cautivos, ahora vencidas e impotentes, y repiten las mismas palabras de Moisés para celebrar su rescate.

Si la salvación de la humanidad se realizó sustancialmente con la resurrección de Cristo, es preciso que sea aplicado a cada hombre en particular. Tal aplicación se da por medio del bautismo conferido a los paganos la noche de pascua. El misterio misional del éxodo es el que nosotros vivimos propiamente. En la historia de la salvación nos encontramos en el intervalo de tiempo que separa la ascensión de la parusía, que es el tiempo de la misión. Durante este período continúan en la Iglesia los milagros de salvación prefigurados en la travesía del mar Rojo, cumplidos en la resurrección. El bautismo se sitúa en la prolongación de estas actuaciones grandiosas de Dios. Es para nosotros el equivalente a los «mirabilia Dei» en ambos testamentos. Constituye un acontecimiento mucho mayor que el de los descubrimientos científicos, que el crecimiento o declive de los imperios.

Los ritos antiguos del bautismo expresaban esta continuidad con la pascua. Desde el comienzo de la preparación, primer domingo de cuaresma, el candidato al bautismo era señalado en la frente con la «sphragis» de Cristo, con el signo de la cruz, como las casas de los israelitas habían sido ungidas con la sangre del cordero. Con esto se significaba que por medio de la sangre de Cristo había sido salvado del castigo debido al pecado. Esto era la primera posesión del alma por Cristo. Venían después los cuarenta días de preparación, días que no llegamos a alcanzar su significado si no los referimos al Antiguo y al Nuevo Testamento. Durante cuarenta días Cristo había sido tentado por Satanás, y su fidelidad había sido la contrapartida de las infidelidades de Israel.

El tiempo de la cuarentena, la cuaresma, es el tiempo de tentación para el catecúmeno. Durante este período se desarrolla un gran combate en torno a él. Satanás y sus ángeles intentan retenerlo. Conviene tomar este acecho en todo su realismo. Un pagano no es sólo un extraño a la revelación de Cristo: está además bajo el poder positivo de las fuerzas del mal. Debe ser, por tanto, arrancado de esas fuerzas que le tienen cautivo. La conversión, en este sentido, es siempre un drama. La misión es un misterio. No se trata sólo de una presentación del mensaje adaptado a las diversas civilizaciones. Se trata de un conflicto llevado a cabo con las fuerzas del mal. Este conflicto se desarrolla en los misteriosos combates espirituales de toda santidad. Por la oración y la penitencia los demonios son arrojados. A quien desconoce esto se le escapa el sentido profundo de la misión. También tras la victoria de Cristo la humanidad permanece cautiva en aquellos miembros que todavía no le pertenecen. Cristo aplastó la cabeza de la serpiente, pero los círculos de sus anillos continúan turbando la faz de la tierra.

Ante el catecúmeno, presa a punto de escapar, Satanás hace un esfuerzo supremo. A un mismo tiempo Cristo, progresivamente, va tomando posesión de su persona. Es menester comprender el combate espiritual que tiene lugar ahora para realizar el sentido de los escrutinios bautismales. Se componen éstos de exorcismos por medio de los cuales el poder del demonio va quedando rebatido, el catecúmeno va quedando libre de la presión que aquél hacía sobre éste, van dosificándose las bendiciones que señalan que la gracia de Cristo va efectuando una consagración progresiva y revistiendo poco a poco su alma. Con todo, hasta el umbral de la noche de pascua, hasta el borde del agua bautismal, el demonio continúa atacando al alma.

En este preciso momento lo imposible se hace posible; el mar se abre; «el muro de lo imposible», de que habla Dostoievski, contra el que se choca irremediabilmente, se desploma dejando una

brecha por donde pasar. Así pues, el medio de escapar, el medio de salvación existe, pero se trata de un milagro en el sentido pleno de la palabra, es decir, de una acción poderosa de Dios que hace lo que era completamente imposible. El canto del éxodo es la exaltación de este milagro, de esta acción imprevisible por la cual, en un mundo perdido, Dios abre un hueco, presenta una salvación y propone así una posibilidad de redención.

De igual modo que el mar estaba abierto ante el pueblo israelita, igual que la muerte aparecía ante la mirada de Cristo, así el catecúmeno desciende al agua bautismal, atraviesa el mar y, dejando atrás al faraón y a su armada, al demonio y a sus ángeles, reaparece en la otra orilla. Se ha salvado. Palabra ésta que conviene tomar en su significado concreto y vulgar, como los naufragos escapado del mar que al fin se encuentran en la orilla. «La maldad obstinada del demonio, escribe san Cipriano, puede algo hasta el agua salvadora, pero pierde en el bautismo toda su acción nociva. Es lo que vemos en la figura del faraón que, rechazado, pero obstinado en su perfidia, ésta ha podido llevarle hasta las aguas. Todavía hoy, cuando por los exorcismos ha sido golpeado y burlado afirma una y otra vez que va a marcharse, pero nada hace a este respecto. Sin embargo, cuando se llega al agua bautismal, el diablo ha sido aniquilado, y el hombre ha sido consagrado a Dios, librado por la gracia divina» (Epis. 58, 15: CSEL 764).

A los padres de la Iglesia les gusta describir este momento dramático: el hombre atacado, sin ninguna esperanza humana, no esperando la salvación sino del poder de Dios, viendo una línea salvadora que se dibuja por entre medio de un mar infranqueable. Citemos a Orígenes: «Sábetete que los egipcios te persiguen y pretenden volverte a poner bajo su servicio, quiero decir los dominadores del mundo y los espíritus malos a quienes tú has servido hasta hoy. Se esfuerzan por perseguirte, mas descienes a las aguas, y eres salvado. Purificado de las manchas del pecado, te levantas hombre nuevo, dispuesto a cantar un cántico nuevo» (Hom. Ex. 5, 5: GCS 190). Este cántico nuevo es el del éxodo. Como Moisés a orillas del mar Rojo contemplando los cadáveres de los egipcios, como Jesús alcanzando la ribera de la resurrección tras haber atravesado las aguas amargas de la muerte, el catecúmeno, hombre nuevo, vestido de la túnica blanca de los resucitados, perteneciendo ya a la creación nueva, puede también él entonar el cántico de los rescatados:

«Cantad a Yavé, que se ha mostrado sobre modo glorioso; arrojó al mar al caballo y al caballero».

Era preciso decir todo esto para comprender la significación del canto del éxodo en la vigilia pascual. Es la expresión misma de la obra de liberación que se cumple aquí, de la liberación en nuestro propio interior, de las almas cautivas. Se trata de una acción actual de Dios, similar a la de la travesía del mar rojo y de la resurrección, y que es el rescate de los paganos, el misterio de la misión. La Iglesia acoge a las naciones. Como María, hermana de Moisés, respondía al coro de los hombres, a orillas del mar rojo, en la primera liturgia pascual, así Zenón de Verona nos muestra las iglesias cantando, en coro alternante con las naciones liberadas, el cántico de Moisés «María que golpea su tamborín es figura de la Iglesia que, cantando un himno con todas las Iglesias que ella ha engendrado, conduce al pueblo cristiano no hacia el desierto, sino hacia el cielo» (PL 40, 509).

¿Hemos de decir, sin embargo, que toda la salvación se ha cumplido? Ciertamente, las naciones bautizadas pertenecen ya a Cristo y en Él han escapado a las garras del mal, pero éste circula alrededor de ellas buscando una fisura entre los libertados por donde poder alcanzarlos. Las olas de este mundo nos enrolan todavía entre sus círculos. Si sabemos que ya nada tenemos que temer a las profundas aguas de la muerte, al menos hemos de atravesarlas. La vida actual continúa siendo tiempo de la tentación. El enemigo, vencido, dispone todavía de un espacio de tiempo. Por eso, el éxodo, que es nuestro pasado, sigue siendo nuestro presente. En tanto que estamos en este mundo nuestra vida sigue siendo un perpetuo éxodo.

Un día, por fin, el último, atravesaremos el mar. Es el día en que el último enemigo, la muerte, será vencida. Después, al borde del mar de fuego, los vencedores de la bestia tomarán en sus manos no los tamborines de pellejos muertos, sino las arpas celestes, y cantarán eternamente el cántico de Moisés:

«Vi como un mar de vidrio mezclado de fuego, y a los vencedores de la bestia y de su imagen y del número de su nombre, que estaban en pie sobre el mar de vidrio y tenían las cítaras de Dios, y cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del cordero» (Apoc 15, 2-3). Así, desde las riberas del mar Rojo, a través de todas las etapas de la historia de la salvación, el canto de Moisés extenderá sus ecos de eternidad en eternidades.

El "Seder" Eucarístico

Fiestas Judías

El "Seder" Eucarístico Judío

Simbolismos Preparativos Esquema de un Seder

Fiestas Judías

1- El "**Seder**" (orden), la "**Cena Pascual**", es la gran comida de Rey que celebran los judíos el día primero de la Pascua, donde Jesús instituyó los Sacramentos de la Eucaristía y del Orden, del Sacerdocio.

2- Las 3 Grandes Fiestas Judías de "Peregrinación":

Las 3 grandes fiestas judías de peregrinación, son la Pascua, Pentecostés y Tabernáculos; Todo judío que podía subía en las 3 fiestas a Jerusalén, a celebrar la fiesta en el Templo... Jesús subió en los 3 últimos años de su vida, y a la edad de 12 años, cuando se "perdió y fue encontrado en el Templo", en la Pascua (Luc.2).

1- La Pascua: (Marzo o Abril):

Es la fiesta más importante, en la que se celebra la "liberación" del pueblo judío de la esclavitud egipcia... y siempre va conectada con el "Paso del Mar Rojo", la entrada a una "nueva vida de libertad"! (Éxodo 12 y 14). La Cena Pascual del primer día es el "Seder", donde Jesús instituyó la Eucaristía y el Sacramento del Sacerdocio.

Son 8 días de fiesta que se celebran en la primera luna llena de la primavera, en el mes de Nisam (en Marzo o Abril).

Corresponde a nuestra "Semana Santa", en la que celebramos la liberación de la esclavitud del pecado por la Cruz de Cristo, y la entrada a una "nueva vida en Cristo", por su gloriosa resurrección.

2- Pentecostés: (Mayo o Junio):

"Pentecostés" quiere decir "50 días después de la Pascua", y los judíos celebran la promulgación de los 10 Mandamientos a Moisés, que ocurrió a los 50 días de la liberación de la esclavitud egipcia (Ex.23:15-22).

Los cristianos celebramos la "venida del Espíritu Santo", que según las escrituras, grabará los Mandamientos, no en piedra, sino en nuestras mentes y corazones (Ez.26:36, Jer.31:33, Hechos 2).

3- Tabernáculos (Septiembre o Octubre):

Celebra la entrada en la tierra prometida después de 40 años de andanzas por el desierto.

Son 8 días de fiesta, en las que las familias dejan sus hogares y viven en "tiendas de campana", (Sukkot), sin neveras ni electricidad, ni toilets... lo pasan muy bien, las familias se unen más... y, al final, se dan cuenta y dan gracias por las cosas que Dios les ha regalado hoy día en su hogar...

3- Otras fiestas importantes:

El "**Rush Hashanah**", "**fiestas de las trompetas**", iel Año Nuevo civil!, en Sept. o Oct.; pidiendo "perdón" por 7 días y terminando con el Gran Día de la Expiación, "**el Yom Kippur**", el único día que el Sumo Sacerdote puede entrar en el Santo de los Santos... y a los 5 días de este Yom Kippur es cuando se celebra la fiesta de los Tabernáculos.

El "**Purim**", en Febrero, celebra la liberación del pueblo judío en tiempos de la Reina Ester, de la matanza a todos los judíos que había planeado el malvado Amán (Libro de Ester).

La **Fiesta de las Luces**", "**Hanukkah**", 9 días, en tiempos de Navidad, recordando cuando los Macabeos liberaron el Templo y restablecieron el Culto (1 Macabeos 4).

El "**Sabbath**", la fiesta más sencilla y la más importante, la que ha mantenido a la familia judía unida por siglos. Celebrando en la Sinagoga cada sábado el "día de descanso" del Señor.

"SEDER", "Cena Pascual"

"**Seder**", significa "orden", y es el orden que se sigue para celebrar la "Cena Pascual" el primer día de la Pascua, la fiesta de la liberación judía de la esclavitud egipcia!... en el Seder del primer Jueves Santo de la historia de la humanidad, Jesús instituyó los Sacramentos de la Eucaristía y del Orden, del Sacerdocio.

La "**Pascua**" (**pesah**) es el hecho más importante del Antiguo Testamento, como lo es la "**Cruz**" de Cristo en el Nuevo. En el Antiguo, fue la "liberación física" del pueblo de la esclavitud egipcia; en el Nuevo es la "liberación espiritual" de la esclavitud

del pecado, ¡mucho más importante que la liberación física (Éxodo 12, Mateo 27).

Los judíos siempre celebran la Pascua en conexión con el "paso del Mar Rojo", la entrada a una nueva vida de libertad"... lo mismo que los cristianos, la Cruz siempre va con la "Resurrección" de Cristo... no sólo "liberación" del pecado sino también el comienzo de una "nueva vida" en Cristo... ¡nuestra Semana Santa! (Éxodo 14, Mat.28).

En el "**Sedar**" toda la familia participa, jóvenes, ancianos y niños, tanto en la preparación por varios días, como en la cena misma.

Lo esencial eran dos cosas: La comida del "cordero pascual", y el "Haggadah", la recitación de la historia de la liberación de Egipto como lo expone el Libro del Éxodo ("Haggadah" significa "decir", "contar").

Mientras existía el Templo, las familias judías que podían subían a Jerusalén, sacrificaban el cordero en el Templo, y celebraban la fiesta... así hacía Jesús y su familia... y a los 12 años es cuando se perdió Jesús y fue encontrado en el Templo, en la fiesta de la Pascua (Luc.2).

Después de la destrucción del Templo, los judíos celebraban la Pascua en sus hogares... y lo siguen haciendo así hoy día.

Muchos simbolismos del Sedar, recuerdan al Mesías, al Cristo que esperaban para liberarlos espiritualmente, porque en la Pascua, fueron liberados físicamente de la esclavitud egipcia... pero la liberación del Mesías que esperaban era mucho más importante...

Así es que en el "Seder" se celebran dos cosas:

1- "Recuerdan" con gozo la liberación de la esclavitud egipcia.

2- Y "ansían" la nueva y gran liberación del Mesías... por eso, en cada "Seder" se prepara una silla y una copa de vino para Elías, que ha de preceder al Mesías, ¡por si viene ese año! (Mal.4:5).

Simbolismos del "Seder":

La "Comida Pascual", puede variar según las circunstancias de la familia judía que lo celebra, pero siempre tiene que haber los siguientes Simbolismos, todos relacionados con el Mesías:

1- El "**cordero**" (zeroa): Siempre tiene que estar en la mesa un "hueso seco de cordero entero", verdadero, intacto, recordando al "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", que ha de venir, y al que no le romperán ningún hueso en la Cruz (Sal.22:18, Juan 19:32-37).

La comida principal de la cena es el cordero asado, recordando el cordero que los judíos comieron el "día de la Pascua", "el paso" del ángel del Señor matando a todos los primogénitos egipcios, y no matando a los israelitas, en Éxodo 12... Y si no hay cordero, se sustituye por un pollo... pero el "zeroa" siempre tiene que estar en la mesa, iel hueso seco entero de un cordero!

2- El "**pan sin levadura**" (matzah), sin ácidos, recordando las prisas de la Pascua, en la que tuvieron que hacer el pan sin levadura...y es el mismo que usó Jesús para instituir el Sacramento de la Eucaristía, el pan sin levadura de la "Sagrada Hostia".

Lo de "sin ácidos", es importante para empezar el Nuevo Año "sin ácido", "sin levadura antigua", porque la Pascua es el Año Nuevo Religioso judío... y "sin ácidos" quiere decir perdonar y olvidar todo lo malo que hizo el esposo o esposa o hijo; empezar el año sin levadura antigua, iempezar de nuevo!, no recordar nunca más al marido lo malo que hizo hace un año, o hace 20 años...

3- El "**vino**"; en cada Ceder se brinda con **4 copas de vino**, y además, se pone una silla y una copa de vino por si ese año viene el profeta Elías; porque Malaquías profetizó que Elías vendría antes del Cristo, en los últimos versos del A.T. (Mal.4:5)... Jesús nos explicó que Elías ya vino, en la forma del Bautista (Mat.11:14).

Antes y después de la "tercera copa", la de "redención", Jesús instituyó la Eucaristía y el Sacerdocio de la Nueva Alianza.

- La "primera copa", al comienzo, es la "copa de la bendición", copa de la alegría de la Pascua, es la copa del "Padre", creador... y es el momento del arrepentimiento, del "lavado de las manos", símbolo de la pureza interior... es cuando Jesús lavó los pies a los discípulos.

- La "segunda copa", "del Magadan", es la lectura de la "Palabra de Dios", del Éxodo y Salmos alelúyicos 113-118, seguido del curso principal de la cena, el cordero asado... es la copa del Hijo, del Cristo, de la Palabra de Dios, del Cordero de Dios.

- La "tercera copa", la "copa de la redención", es la copa de la consagración y comunión, cuando Jesús instituyó los Sacramentos de la Eucaristía y del Sacerdocio... todo por obra del Espíritu Santo!... es la copa del Espíritu, brindando a la vida!

- La "cuarta copa", "de alabanza" y de paz... un niño va a la puerta a ver si Elías ha venido este año... es la copa de la esperanza, de la "nueva vida" en Cristo Jesús, ¡que ya vino!... aunque muchos lo siguen esperando...

4- Las "**hiervas amargas**" (maror), suelen ser rábano y rábano picante (radish y horseradish); símbolo de la amargura de la esclavitud egipcia, y símbolo de la esclavitud del pecado... ¡de los que nos libera el Señor!.

También hay "**hiervas dulces**" (karpas), que suelen ser apio y perejil (celery y parsley), símbolo de la primavera de la nueva vida... que se comerán mojándolas en agua salada, recordando al Cristo que es la sal del mundo...

5- El "**potaje de comida**" (charoset), es una comida hecha con manzanas, almendras, canela y vino mezclados, recordando las mezclas que tenían que hacer los judíos en la esclavitud para construir las pirámides egipcias y otros edificios... en esta mezcla se mojarán dos veces las hiervas amargas antes de comerlas... para recordar que el Señor nos libera de toda servidumbre y de toda esclavitud.

6- El "**huevo cocido**" (beitz): Es el símbolo de la "nueva vida" de fecundidad en Cristo, y su redondez recuerda el círculo de la vida y la muerte.

Preparativos del Seder:

Por semanas, toda la familia coopera preparando el Seder, esa Cena Pascual que ha de ser como la comida grande preparada para un Rey... ¡lo mejor que puede preparar esa familia judía!... es la celebración de la gran fiesta de la liberación personal, ¡y de la Independencia Nacional!, que se celebra, no con desfiles, ni fuegos artificiales, sino con un gran servicio de adoración a Dios.

El padre de familia prepara bien su Haggada y el orden de toda la cena.

La madre e hijos compran y preparan la comida, en todo lo mejor y más perfecto.

La labor de los niños es quitar de la casa todo pan que esté hecho con levadura, ¡que no quede en la casa ni una borona de pan!... ¡no más ácidos para el Año Nuevo!

Esquema de un Seder:

1- Encender las Luces de la Fiesta:

De Pie: La "madre" es quien enciende las candelas... isin luces no hay fiesta!... y la "madre" es el símbolo de la Virgen María, que nos trajo a todos la "luz de mundo", al Mesías... y la "luz", el "Cristo", es el corazón del Sedar, de toda la fiesta.

La "madre" reza: "Bendito seas tú, Señor nuestro Dios, Rey de Universo, que nos santificas con tus leyes y nos ordenas encender la luz de la fiesta.

Madre: La luz es símbolo de la divinidad.

Todos: Como está escrito, "el Señor es mi luz y mi salvación" (Sal.27).

Madre: La luz es símbolo de lo divino en la humanidad.

Todos: Como está escrito, "el espíritu de la humanidad es la luz del Señor".

Madre: La luz es símbolo de la ley divina.

Todos: Como está escrito, "el mandamiento es lámpara y la ley es luz (Prov.6:23).

Madre: La luz es símbolo de la misión de Israel (de la Iglesia).

Todos: Como está escrito, "Yo el Señor te he escogido como pacto del pueblo, para ser luz de las naciones".

2- Primera Copa de Vino, de "alegría":

De "bendición" y "acción de Gracias", de "limpieza" y "arrepentimiento". Esta copa es símbolo de "Dios Padre".

Sentados: Cada comensal tiene un "plato" que tiene el matzah, hiervas amargas, haroset, vegetales y un vasito con agua salada... el "leader", el padre de familia, tiene también el vino.

Dirige el "padre de familia": Bendice la mesa: "Bendito eres tú, Señor nuestro Dios, Rey del Universo, que nos has escogido entre todos los pueblos, y exaltados entre todas las lenguas, y nos santificas con tus mandamientos..."

El padre de familia llena la primera copa, bebe, y la da a que beban todos comensales de la misma copa... Aquí es cuando Jesús pronunció las palabras de Luc.22:17-18: "Tomadlo y distribuidlo; porque os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios". La "consagración" vendrá después de la comida, en la tercera copa.

Padre: "Comenzamos este servicio santificando el nombre de Dios y proclamando la santidad de este festival. Con esta copa de vino, símbolo de alegría, comencemos nuestro festival de la

Pascua".

Todos: "Al tomar esta copa de vino, símbolo de alegría, te reconocemos a Ti, nuestro Creador, nuestro Padre, nuestro Liberador, con las palabras tradicionales del "kiddush" (la bendición de la fiesta): Alabado seas Tú, oh Señor nuestro Dios, Rey del Universo, creador del fruto del vino".

3- El **"lavado de las manos"**:

Símbolo de la "limpieza interior" para poder participar en el Seder; como hace el sacerdote al comenzar la Santa Misa. Ahora es cuando Jesús lavó los pies de los discípulos.

Padre: "Bendito seas Tú, Rey del Universo, que nos santificas con tus leyes..."

Cantan una canción mientras los unos lavan las manos a los otros...

Comida de **"hiervas verdes" (karpas)**, vegetales, untados en el agua salada.

Padre: Benditos eres Tu, oh Señor nuestro Dios, Rey del Universo, que has creado el fruto de la tierra.

4- **"Partición del Matzah" (yahatz)**:

Siguen sentados: El Padre toma los 3 pedazos de Matzah, del pan sin levadura, símbolos del Padre, Hijo y Espíritu... el segundo lo rompe en dos pedazos, y uno lo envuelve esconde, es el **"afikoman"**!, símbolo del Mesías escondido; este pedazo lo encontrará más tarde un niño, todos comerán de él, y será cuando Jesús instituyó la Eucaristía.

Al partir el pan todos dicen: "Este es el pan de la aflicción, el pan de los pobres que nuestros padres comieron en Egipto. Que todo el que tenga hambre venga y coma con nosotros... este año lo celebramos aquí, el año próximo en Jerusalén; ahora somos todos esclavos, el año próximo seremos todos libres".

5- **Segunda Copa de Vino, del Haggadah**:

Sentados: Esta "segunda copa" es la del "Magadan", de contar la historia de la Pascua. Corresponde a Dios-Hijo, es la "copa de la Palabra de Dios", del Verbo, que corresponde a las lecturas de la Santa Misa.

El Padre llena la segunda copa de vino, y se prosigue con el "Haggadah", el contar la historia de la liberación de la esclavitud egipcia como la narra el Éxodo:

Primero, **"un niño"** hace las 4 preguntas clásicas:

- 1- ¿Por qué esta noche es diferente que las otras?
- 2- ¿Por qué esta noche solo comemos pan sin levadura?
- 3- ¿Por qué comemos hierbas amargas?

4- ¿Por qué esta noche untamos las hierbas en agua salada y en el charoet?

El Padre le contesta cada pregunta del niño explicándole los simbolismos de la Pascua... la noche de la liberación de la esclavitud egipcia...

Lectura del "Éxodo" 12:1-42:

En el verso 30, cada comensal pone 10 gotas de vino en el plato, mencionando las 10 plagas de Egipto: Sangre, ranas, mosquitos, moscas, peste, úlceras, granizo, langostas, tinieblas, primogénitos... en compasión por los egipcios...

Lectura del "**Dayenu**", de los Salmos de Alabanza: El Gran Hallel, Salmos 111-118; el "dayenu" es el ser agradecido por todos los bienes recibidos...

Todos participan en las lecturas, mayores y niños.. rezando los versos de los salmos en grupos salteados...

Son los Salmos de "aleluya", que quiere decir "alelu-Yah", "alabado Yaveh".

Empiezan con el "dayenu":

- Cuanto favores maravillosos nos ha dado Dios, idayenu!
- Nos liberó de Egipto con mano poderosa, idayenu!
- Nos alimentó con el maná, idayenu!
- Ordeno el sábado, idallen!
- En el Sinaí nos dio la Ley, idayenu!
- Nos condujo a Israel, idayenu!
- Nos dio los Profetas, idayenu!...

Rezan y Cantan...

Explicación de los Alimentos:

El Padre explica el significado de los distintos alimentos del Seder... El Cordero, el Matzah, las hiervas amargas... No puede faltar esta explicación en el Seder... y se suele hacer con los distintos comensales, haciendo preguntas, uno por uno, acerca del cordero, del matzah, y el Padre de familia las va contestando...

Todos se levantan y brindan con la "segunda copa" de vino... en gratitud por todos los milagros y maravillas que nos ha hecho Dios.

Todos brindan, "Te damos gracias, Señor, te alabamos y glorificamos y exaltamos y adoramos, nuestro Dios, que has hecho tantos milagros a nuestros padres y a nosotros. Tu, Señor, nos has traído de esclavitud a libertad, de tristeza a gozo, de llanto a festividad, de la oscuridad a la luz, de cautiverio a redención".

Dejan la copa, y **levantados**, rezan el Salmo 113, alternándose por grupos, que recitan cada verso...

Corresponde esto a nuestro "Santo, Santo, Santo"... en hebreo se dice así, porque para decir "muy santo", no tienen la palabra "muy", sino que dicen "Santo, Santo"; y para decir "el más santo", dicen "el más", sino "Santo, Santo, Santo"... y, de esta

forma, corresponde a la Santísima Trinidad de Apocalipsis 4:8, "Santo el Padre, Santo el Hijo, Santo el Espíritu".

6- La Gran Cena:

Se sientan. Comen un pedazo de matzah que reparte el líder, como símbolo de unidad, y beben más de la segunda copa, mientras dicen: "Bendito eres Tu, Señor nuestro Dios, Rey del Universo, que nos santificas con tus Leyes y nos mandas comer e pan sin levadura.

- Comen las "hiervas amargas" untándolas en el charoet... repitiendo la misma oración que termina "y nos mandas comer las hierbas amargas".

- Se sirve la "**Gran Comida**", el cordero asado, con las frutas secas y almendras, huevo cocido... Se comienza comiendo un pedazo del huevo cocido untándolo en el agua salada... y el cordero se come con el matzah y las hierbas amargas untadas en charoet...

7- Tercera Copa de Vino: De "redención":

Esta tercera copa, llamada de "redención", es la copa de "consagración y comunión", donde Jesús consagra el pan y el vino, e instituye la Eucaristía y el Sacerdocio, ordenándoles a los discípulos hacer lo mismo en su memoria...

Es la tercera copa, la "copa del Espíritu Santo", porque todo es hecho por obra del Espíritu Santo... ¡la copa a la Vida!, ¡to Life!, en inglés.

"El Afikoman":

Al terminar la Gran Cena, un niño "encuentra" el gran pedazo de matzah que escondió el líder, y recibe un regalo por ello... ¡es el afikoman!, el símbolo del Mesías escondido...

El líder, el padre de familia, lo toma en la mano, lo bendice, lo parte, le da gracias a Dios, y da un pedazo a cada comensal, para que todos coman del mismo afikoman, en señal de común unión, de comunión...

El líder dice: "Bendito eres Tu, Señor, nuestro Dios, Rey del Universo, que alimentas al mundo entero con tu bondad, con gracia, con cariños amables, y con tu misericordia. Tu das pan a toda carne, porque tu misericordia es eterna".

Todos contestan, con el pedazo de pan en la mano: "Bendito eres Tu, Señor, que alimentas todas criaturas...". y todos comen el pedazo de pan, del afikoman...

... Y aquí es cuando Jesús **"tomó pan en sus santas y venerables manos, y, elevando los ojos al cielo, hacia Ti, Dios Padre todopoderoso, dando gracias lo bendijo, lo partió, y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed**

todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; haced esto en memoria mía" (Mat.26:29, 1Cor.11:24).

Aquí, pues, Jesús instituyó la Eucaristía y dio la orden sacerdotal, usando la especie de pan sin levadura, el matzah, el mismo pan que se sigue usando en la Sagrada Hostia.

El líder llena la "**copa de bendición**", la tercera copa:

Todos se ponen en pie:

El líder dice: "¿Qué te daré, Señor, por todo lo bueno que me has dado?" (Sal.116).

Todos: "Tomaré la copa de salvación, y clamaré al nombre del Señor".

Líder: "Cumpliré mis votos al Señor, enfrente de toda la asamblea".

Todos: "Es preciosa a los ojos del Señor la muerte de los santos".

Líder: "Oh Señor, soy tu siervo; yo soy tu siervo, el hijo de tu sierva"

Todos: "Tu has roto todas mis cadenas; yo te haré sacrificios de alabanza, y llamaré a tu nombre".

Todos brindan con la tercera copa, diciendo: "Bendito eres, Señor nuestro Dios, Rey del Universo, que has creado el fruto del vino"...

... Y aquí es cuando Jesús completó la institución de los Sacramentos de la Eucaristía y Sacerdocio... ***"acabada la cena, tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía"***. (Mat.26, Luc.22, Mar.14, 1Cor.11).

... El Cuerpo y la Sangre están separados, ¡ha habido sacrificio!, derramamiento de Sangre... y sólo un "sacerdote" puede ofrecer sacrificios, tanto en la Antigua como en la Nueva Alianza.

8- La Cuarta Copa de Vino, de la Paz:

Es la Copa de la "Iglesia", del "Pueblo de Dios".

Aquí se reza y recuerda a los vivos y difuntos, y cada uno hace el compromiso de llevar el mensaje de libertad y paz del Seder a su vida y ambientes...

El Líder: "Nuestro Dios, y Dios de nuestros padres, rezamos para que podamos llevar a nuestra vida diaria el mensaje de libertad y paz de este Seder. Que la memoria de esta noche nos ayude a nosotros mismos a borrar nuestra intolerancia, ambición

y odios. Que rompamos las cadenas que esclavizan nuestras mentes y nos ciegan para dedicarnos a la gloria, belleza y bondad que esta vida nos ofrece con tanta abundancia".

El Líder: "Senos nuestro Dios, ayúdanos a darnos cuenta de que no podemos tener libertad para nosotros mismos, si no la tratamos de conseguir para otros. Que con nuestras vidas y acciones ayudemos a liberarse a los que viven en temor, pobreza y opresión. Que la luz de la libertad penetre en todos los rincones del mundo, y levante la oscuridad de la tiranía hasta que la tiranía no exista, y todos los hombres sean libres"

9- **La Quinta Copa, ila de Elías!:**

El líder envía un niño que mire a la puerta de la casa a ver si ha llegado el Profeta Elías, que vendrá antes del Mesías, como se profetiza en el último verso del Antiguo Testamento (Mal.4:5).

El niño sale, y entra, diciendo: "El Profeta Elías no ha venido".

El líder dice: "Entonces, hasta el año próximo, que celebremos la Pascua en Jerusalén".

Todos se saludan y abrazan y desean la paz... y cantan gozosos el canto final.

El líder da **la bendición final**, tomada de la triple bendición que Dios ordenó para que dieran a sus hijos en Números 6, ila bendición de la Trinidad!:

- Que Dios os bendiga y os guarde.
 - Que el Señor haga brillar su rostro sobre vosotros y os llene de su misericordia.
 - Que Dios mire con bondad sobre vosotros y os de la paz.
- Amén.

Fin del Seder

LA VIGILIA Y SU SIGNIFICADO

AYUNO/SABADO-SANTO

El sábado santo presenta una fisonomía particular. A excepción de los oficios de origen más bien monástico, como es el oficio de maitines, ese día no se celebra oficio del día ni siquiera el vespertino. El sábado santo se caracteriza también por el ayuno hasta la noche. Ayuno festivo: se ayuna a la espera de la vuelta del Señor.

Esa mañana, en Roma se tenía una sola celebración: la "entrega del Símbolo" y el último exorcismo que precedía a la renuncia solemne.

Hemos seguido hasta aquí al catecúmeno y nos hemos preocupado de su transformación progresiva. La Iglesia de Roma se interesa por él de modo particular este sábado, en el momento con que el catecúmeno se va a situar entre los suyos, en esa noche de la Pascua.

Los libros antiguos nos refieren el desarrollo de la ceremonia matinal. En Cuaresma, los catecúmenos habían pasado primero tres escrutinios y posteriormente otros seis. El último escrutinio adopta un aire más solemne. Se les había "entregado" el Símbolo, el celebrante les había dado un comentario de los artículos de la fe, y ahora ellos debían recitar el Símbolo que habían aprendido de memoria. No se trataba de una verdadera profesión de fe. Si indudablemente tenían un inicio de fe, ésta es sin embargo un don que recibirán en el sacramento mismo del bautismo. Harían profesión de su fe en el agua bautismal, cuando se lo pidiera el sacerdote al preguntarles: "¿Crees en el Padre?". . A lo que responderían ellos "Creo en él", recibiendo la inmersión en el nombre de las tres Personas divinas.

Pero se quería tener una información sobre sus conocimientos y disposición para profesar su fe en el acto bautismal. Más impresionante aún era la renuncia solemne a Satanás por parte de los catecúmenos. Antiguamente iba precedida de la imposición de manos por el obispo, del Effeta y de la unción. El catecúmeno renunciaba entonces a Satanás, a sus pompas y a sus obras. Con justificada preocupación pastoral, la palabra "pompas" ha sido traducida por "seducciones". Hay que reconocer, sin embargo, que esta traducción sólo imperfectamente da lo significado por la palabra original. Aquel término recordaba el cortejo de culto a las divinidades paganas, los juegos circenses y toda la pompa de una civilización comprometida por la lujuria en la riqueza y el fausto. El catecúmeno tenía que renunciar a todo aquel paganismo ambiente. En ocasiones, la ceremonia era más expresiva aún, como por ejemplo en Oriente, donde se practicaba el rito de la expectoración: el catecúmeno escupía en dirección al Occidente, significando con ello su desprecio a las fuerzas del mal. Los Padres se han complacido en describir esta renuncia solemne en la que el catecúmeno, comprometiendo su lealtad de hombre, declaraba apartarse del "mundo".

Aludiendo a aquel antiguo escrutinio, la Iglesia invita hoy a todos los bautizados a renovar esta renuncia, que irá seguida de la renovación de las promesas del bautismo.

FUEGO/BENDICION CIRIO PREGON-PASCUAL /LUZ

La bendición del nuevo fuego es, sin duda, la sacralización de una necesidad, la necesidad que antiguamente había de reanimar la luz para los oficios, dado que habían sido extinguidas las lámparas tras el lucernario. Pero en esta bendición del nuevo fuego lo mismo que en la bendición del cirio pascual y en la bendición del agua bautismal, hemos de ver los efectos de la redención. El mundo adquiere ya una nueva faz, la criatura infrahumana recupera su sitio, vuelve a integrarse en la unidad, deja de ser enemiga, y recobrando el sentido de servicio, se convierte de nuevo en instrumento de gracia.

Este rito de la bendición del nuevo fuego es como una especie de teatro de mimo representado ante los ojos del catecúmeno, que desde muchos días atrás viene esperando la iluminación. El Señor duerme en el sepulcro, pero el profeta Oseas escribía: "Oh muerte, yo seré tu muerte; país de los muertos, yo seré tu aguijón" (Oseas 13. 14. antífona 1ª de las Vísperas del sábado santo). Cristo se apropia estas palabras convirtiéndolas en realidad, y los Laudes de esta mañana han recordado a todos que era forzoso esperar la victoria del que había dicho: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Jn 2, 19). Ese Señor que así duerme será el dueño victorioso del mundo. La Iglesia ha hecho que, al final del oficio de Vísperas de este sábado, canten sus fieles un pasaje de la epístola a los Filipenses que, unido a los dos versículos que inmediatamente le siguen, es como la carta de resurrección del Señor: Cristo, por nosotros se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz; por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre". De modo que al Nombre de Jesús toda rodilla se dobla -en el cielo, en la tierra, en el abismo-, y toda lengua proclame: "¡Jesucristo es Señor!", para gloria del Padre (Flp 2, 08-11).

A Cristo Señor se le ha dado, pues, el imperio sobre el universo. La carta a los Filipenses subraya esta soberanía del resucitado sobre las criaturas del cielo, de la tierra y sobre las que están por debajo de la tierra.

En la epístola a los Colosenses quiere san Pablo afirmar otra vez este imperio absoluto de Cristo vencedor de la muerte, y escribe: Cristo Jesús es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes, terrestres, visibles e invisibles. Tronos, dominaciones, principados, potestades, todo fue creado por él y para él. El es anterior a todo, y todo se mantiene en él (Col 1, 15-17).

La epístola a los Efesios afirma el mismo imperio sobre el cosmos: ...Dios... resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo, por encima de todo principado, potestad,

fuerza y dominación y por encima de todo nombre conocido, no sólo en este mundo, sino en el futuro (Ef. 1 20-21).

Es muy interesante ver cómo insiste san Pablo en este triunfo de Cristo y en su imperio sobre la creación entera. El misterio de la Pascua renueva ese imperio. Es cosa normal y lógica. El hombre fue colocado en el mundo y llamado a adjudicar un nombre a las criaturas destinadas a servirle. Al adquirir el hombre una existencia nueva en la línea del servicio de Dios, es preciso que las criaturas que existen a su alrededor y fueron creadas para él, sean renovadas también ellas y vuelvan a ponerse a servir, para que el hombre pueda ser su administrador y les haga consentir en la gloria divina. El que ahora se hace servidor del hombre es el fuego, "este nuevo fuego que para nuestro uso hemos hecho brotar del pedernal", y que se convierte en servidor de Dios: él debe contribuir a que Dios "encienda en nosotros deseos tan santos que podamos llegar con corazón limpio a las fiestas de la eterna luz" (Oración de la bendición del nuevo fuego). Es un nuevo comienzo de la vida.

El nuevo fuego es asperjado en silencio, después se toma parte del carbón bendecido y, colocado en el incensario, se pone incienso y se inciensa el fuego tres veces. Mediante este sencillo rito reconoce la Iglesia la dignidad de la creación que el Señor rescata. Pero la cera, a su vez, resulta ahora una criatura renovada. Se devolverá al cirio el sagrado papel de significar ante los ojos del mundo la gloria de Cristo resucitado. Por eso se graba en primer lugar la cruz en el cirio. La cruz de Cristo devuelve a cada cosa su sentido. El canon de la misa romana expresa bien esta universalidad del gesto de la redención, cuando dice: "Por él (Cristo) sigues creando todos los bienes, los santificas, los llenas de vida, los bendices y los repartes entre nosotros". Al grabar la cruz, las letras griegas Alfa y Omega también las cifras del año en curso, el celebrante dice: "Cristo ayer y hoy. Principio y Fin. Alfa y Omega. Suyo es el tiempo. Y la eternidad. A él la gloria y el poder. Por los siglos de los siglos. Amén". Así expresa el celebrante con gestos y palabras toda la doctrina del imperio de Cristo sobre el cosmos, expuesta en san Pablo. Nada escapa de la redención del Señor, y todo, hombres, cosas y tiempo están bajo su potestad.

Puede pensarse que, desde el punto de vista pastoral, la restauración que se ha hecho de estos ritos, antiguos unos y otros únicamente locales, no ha sido muy afortunada por dar lugar en la celebración a un tiempo muerto en el que escasamente se ve estimulada la participación de los fieles. Se está a oscuras, apenas se ve, los gestos y las fórmulas que se pronuncian son secas y fragmentarias. No obstante, acabamos de ver las riquezas doctrinales contenidas en tal restauración. En la última reforma se

ha dejado una gran libertad, y pueden omitirse estos ritos o elegir uno u otro. Se ha creído conveniente conservar aún los cinco granos de incienso, cuyo origen proviene de una mala lectura de un texto latino, al haber confundido el lector la palabra "incensum", que significa "encendido" y se refiere al cirio, con "incienso", que es otro significado de la misma palabra. Esta confusión dio origen a los "granos de incienso", que han pasado a significar simbólicamente las cinco llagas de Cristo: "Por sus llagas santas y gloriosas nos proteja y nos guarde Jesucristo nuestro Señor".

Las palabras expresan bien el misterio de muerte gloriosa. Quizá este simbolismo bastante remoto pudiera desaparecer sin gran perjuicio para una liturgia rica ya por otra parte y que no conviene obstaculizar, si se quiere que los fieles se dejen marcar por los rasgos fundamentales del misterio pascual.

Termina el celebrante esta preparación, diciendo al encender el cirio pascual con el fuego nuevo: "La luz de Cristo, que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y del espíritu".

Tras el cirio encendido que representa a Cristo, columna de fuego y de luz que nos guía a través de las tinieblas y nos indica el camino a la tierra prometida, avanza el cortejo de los celebrantes. Se escucha el primer "Lumen Christi", Luz de Cristo. Se avanza un poco y, cuando el celebrante acaba de encender en el cirio pascual su propia vela, el diácono vuelve a cantar en tono de voz más elevado: "Luz de Cristo"; y se responde: "Demos gracias a Dios". Entonces se encienden en el cirio pascual las velas del clero.

Vuelve a avanzar el cortejo y, llegados ante el altar, proclama el diácono por tercera vez: "Luz de Cristo". Y entonces se encienden en el cirio recién bendecido las velas de los fieles y las lámparas de la iglesia.

Hay que vivir estas cosas con alma de niño, sencilla pero vibrante, para estar en condiciones de entrar en la mentalidad de la Iglesia en este momento de júbilo. El mundo conoce demasiado bien las tinieblas que envuelven a su tierra en infortunio y congoja. Pero en esa hora, puede decirse que su desdicha ha atraído la misericordia, y que el Señor quiere invadirlo todo con oleadas de su luz. Los profetas habían prometido ya la luz: "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande", escribirá Isaías (Is 9, 1; 42, 7; 49, 9). Pero la luz que amanecerá sobre la nueva Jerusalén (Is 60, 1 ss.) será el mismo Dios vivo, que iluminará a los suyos (Is 60, 19) y su Siervo será la luz de las naciones (Is 42, 6; 49, 6). San Pablo termina su discurso ante el rey Agripa diciendo cómo Moisés y los profetas habían anunciado "que el Cristo había de padecer y que

después de resucitar el primero de entre los muertos, anunciaría la luz al pueblo y a los gentiles" (Hch 26, 23). El propio Jesús hace saber lo que quieren decir sus milagros y, especialmente después de curar al ciego, exclama: "Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo" (Jn 9,5). San Juan, en el prólogo de su evangelio, vio a Cristo como "la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo" (Jn 1, 9). Es emocionante comparar esta hora que vive la Iglesia al presente, con la que vivió con su Cristo cuando Judas salió del cenáculo después de la Cena: "Era de noche", apunta san Juan (Jn 13, 30), y Cristo había dicho en su prendimiento: "Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas" (Lc 22, 53). Ahora la Iglesia contempla la luz: "El es la luz", escribe san Juan, y "en él no hay tiniebla alguna" (1 Jn 1, 5).

El catecúmeno que participa en esta celebración de la luz sabe por experiencia propia que desde su nacimiento pertenece a las tinieblas; pero sabe también que Dios "le llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa" (1 Pe 2, 9). Dentro de unos momentos, en la pila bautismal, como escribe san Pablo a los Efesios, "Cristo será su luz" (Ef. 5, 14) Se va a convertir de tiniebla que es, en "luz en el Señor" (Ef. 5, 8). Arrancado de las tinieblas e incorporado a la Iglesia, será transferido al Reino del Hijo y compartirá la herencia de los santos en la luz (Col 1, 12).

Ahora les resta a todos los fieles que están presentes y cara a cara con la luz, elegirla de nuevo o rechazarla. Ninguna celebración litúrgica por pastoral, emotiva y significativa que pueda ser forzada a los fieles, y, ante Cristo resucitado, existe siempre la división entre "los hijos de este mundo" y "los hijos de la luz" (Lc 16, 8). La cuestión es siempre creer concretamente en la luz para ser hijos de la luz (Jn 12, 36). Mediante la lucha caminan los fieles hacia la Jerusalén celestial. En el Apocalipsis señala san Juan que Jerusalén puede pasarse sin el resplandor del sol y de la luna, porque la ilumina la gloria de Dios y la lámpara del Cordero (Apoc 21, 23). El diácono se acerca ahora al celebrante para pedirle su bendición antes de proclamar el pregón pascual. Después inciensa el libro en que está escrito el texto del Exultet, y a continuación inciensa el cirio pascual alrededor. Seguidamente entona el pregón pascual denominado clásicamente "Laus cerei".

La palabra "Exultet" con que empieza el el pregón y que en realidad afecta sólo al prólogo, ha dado nombre a la pieza entera, que también es llamada "praeconium paschale", proclama, pregón. Primero anuncia el diácono a todos la alegría de la Pascua, alegría del cielo, de la tierra, de la Iglesia, de la asamblea de los cristianos. Esta alegría procede de la victoria de Cristo sobre las tinieblas.

Tras esta primera parte, que lo mismo que su continuación era a menudo improvisada sobre el tema de la resurrección, el diácono entona la gran Acción de gracias. Su tema es la historia de la salvación resumida por el poema: recuerda la redención que redimió el pecado de Adán, rememorando luego las figuras de esta redención: el Cordero pascual, el Mar Rojo, la columna de fuego. En esta noche se da la salvación y Cristo alcanza su victoria. Entonces el diácono expresa, en términos aún más poéticos, lo que acaba de cantar y ensalza la venturosa noche en que se rompen las cadenas de la muerte, noche de la condescendencia de Dios para con nosotros, noche de la inestimable ternura de su amor, pues para rescatar al esclavo entregó a su propio Hijo; canta el diácono a la "feliz culpa", feliz por haber tenido tan augusto redentor. Después canta el diácono al cirio mismo que la Iglesia toda ofrece. Que este cirio arda sin apagarse, y que el lucero matutino (que es Cristo) que no conoce ocaso, al salir del sepulcro lo encuentre ardiendo todavía.

Una tercera parte consiste en una oración por la paz, por la Iglesia en sus jefes y en sus fieles, por los que gobiernan los pueblos, para que todos lleguen a la patria del cielo. Esta bellísima pieza lírica -cuyo autor quizá pudiera ser san Ambrosio de Milán-, aunque al comienzo de su canto arrebate a menudo a los fieles sorprendidos además por la impresión de la noche iluminada por el fulgor vacilante de las velas, en nuestra época apenas puede ya impresionarles con su doctrina. No sólo la lengua latina (como sucedía antes) sino también la profusión de figuras, la excesiva condensación de los temas y un lirismo desfasado respecto a nuestra actual manera de reaccionar convierten esta pieza valiente, que requiere una sólida voz en el diácono, en un lapso un tanto prolongado en el que los fieles, después del clarinazo del Lumen Christi, se quedan un poco como con hambre y corren peligro de cansarse, cuando se está sólo en los primerísimos comienzos de la celebración del misterio pascual.

Con sentimiento por tratarse de tal obra maestra, hay que decir que una futura reforma debería acortar su longitud y encontrar unos términos más de acuerdo con la mentalidad actual. Aquí es donde hace falta encontrar pastores autorizados y armados de valor para sacrificar algo que está teológicamente construido y artísticamente compuesto, en favor de una adaptación que podrá resultar tanto más hermosa cuanto que dé a un nuevo canto en la lengua usual un valor pastoral real. Nada puede ser verdaderamente hermoso si no es funcional; este principio es tan cierto en liturgia como en arquitectura. No hay que vivir ni del pasado ni del porvenir, sino del presente.

-La cumbre de la Vigilia: la Eucaristía, Pascua de la Iglesia

Hay que tener precaución: quizá por un exceso de atención a la bendición del fuego, al canto del Pregón, a la bendición del agua y a la celebración del bautismo y de la confirmación, podríamos celebrar esta eucaristía como la de un día corriente. Ahora bien, esta eucaristía constituye la cumbre de la celebración de la Vigilia. De ella reciben su dinamismo el bautismo y la confirmación, y a ella conducen ambos. Es la eucaristía más solemne de todo el año, incluso más que la del jueves santo.

La eucaristía es la verdadera Pascua de la Iglesia. Ella realiza el continuo pasar a la vida definitiva, es actualización del misterio de la Pascua, purificación del hombre. De ella depende la remisión de los pecados en el bautismo. Por eso, si en la mentalidad de la Iglesia de los primeros siglos se advierte la exigencia de una purificación antes de participar en la eucaristía, se considera al mismo tiempo que ésta purifica de sus culpas a los penitentes sinceramente arrepentidos.

Así pues, la Iglesia se edifica y se consolida constantemente por medio de la repetición de la Cena pascual confrontada con el sacrificio único de la Cruz y ofreciéndolo al Padre con el Hijo.

EU/RS: Al mismo tiempo, la eucaristía está íntimamente unida a la resurrección del Señor. Pues sin la resurrección de Cristo, ¿qué podría significar la eucaristía, vaciada así de todo contenido? La eucaristía supone la resurrección y se la comunica a los hombres; lo mismo que dice Jesús "Yo soy la resurrección y la vida", dice también "Yo soy el Pan de vida". Sin la resurrección, la eucaristía sería una mera comida de fraternidad, carente de toda actividad que comunicara la vida de Dios, y no sería creadora. Porque todavía hay otro aspecto en el que debemos pensar: Cristo en la eucaristía, por haber resucitado, domina verdaderamente el mundo, supera nuestra muerte en su resurrección y el mundo va siendo así transfigurado lentamente por la eucaristía que le comunica la incorruptibilidad.

Así pues, celebrar la eucaristía es, y muy especialmente en esta Noche de la resurrección de Cristo, la cumbre absoluta de la actividad de la Iglesia, el acto clave en la celebración de la Vigilia pascual.

TEXTOS DE SAN AGUSTIN

Índice

- ¿Por qué mantenemos en vela?
- Nuestra Pascua
- Para la vida nos engendraron Cristo y la Iglesia
- La alegría pascual

¿Por qué nos mantenemos en vela?

Con su resurrección, nuestro Señor Jesucristo convirtió en glorioso el día que su muerte había hecho luctuoso. Por eso, trayendo a la memoria ambos momentos, permanezcamos en vela recordando su muerte y alegrémonos acogiendo su resurrección. Ésta es nuestra fiesta y nuestra pascua anual; no ya en figura como lo fue para el pueblo antiguo la muerte del cordero, sino hecha realidad como a pueblo nuevo, por la víctima que fue el Salvador, *pues ha sido inmolado Cristo nuestra Pascua (1 Cor 5,7)* y lo *antiguo ha pasado, y he aquí que todo ha sido renovado (2 Cor 5,15)*. Lloramos porque nos oprime el peso de nuestros pecados y nos alegramos porque nos ha justificado su gracia, *pues fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (Rom 4,25)*. Tanto llorando lo primero como gozándonos en lo segundo, estamos llenos de alegría. No dejamos que pase inadvertido con olvido ingrato, sino que celebramos con agradecido recuerdo lo que por nuestra causa y en beneficio nuestro tuvo lugar: tanto el acontecimiento triste como el anticipo gozoso. Permanezcamos en vela, pues, amadísimos, puesto que la sepultura de Cristo se prolongó hasta esta noche, para que en esta misma noche tuviera lugar la resurrección de la carne que entonces fue objeto de burlas en el mundo y ahora es adorada en cielo y tierra.

Esta noche, en efecto, corresponde, como es sabido, al día siguiente, que consideramos como día del Señor. Ciertamente debía resucitar en las horas de la noche, porque con su resurrección iluminó también nuestras tinieblas. No en vano se le había cantado con tanta antelación: *Tú iluminarás mi lámpara, Señor, Dios mío, tú iluminarás mis tinieblas (Sal 17,29)*.

Nuestra devoción hace honor a tan gran misterio, para que como nuestra fe, corroborada por su resurrección, está ya despierta, así también esta noche, iluminada por nuestra vigilia, destaque por su resplandor para que podamos pensar, con dignidad, junto con la

Iglesia extendida por todo el orbe de la tierra, en no ser hallados en la noche. Para tantos y tantos pueblos que bajo el nombre de Cristo congrega por doquier esta célebre solemnidad, se puso el sol, pero sin dejar de ser día, pues la luz de la tierra tomó el relevo de la luz del cielo.

No obstante, si alguien busca el porqué de la importancia de esta nuestra vigilia, puede hallar las causas adecuadas y responder con fiabilidad: el mismo que nos otorgó la gloria de su nombre, el mismo que ilumina esta noche y a quien decimos *Tú iluminarás mis tinieblas*, concede la luz a nuestros corazones, para que del mismo modo que vemos, con deleite para los ojos, el esplendor de esta luz, así veamos también, iluminada la mente, el motivo del resplandor de esta noche.

¿Por qué, pues, se mantienen en vela los cristianos en esta fiesta anual? Ésta es nuestra vigilia por excelencia, y nuestro pensamiento no suele volar a ninguna otra solemnidad distinta de ésta cuando, movidos por el deseo, preguntamos o decimos -«¿Cuándo será la vigilia?» -«Dentro de tantos días», se responde; como si, en comparación de ella, las demás no fueran vigilia. El Apóstol exhortó a la Iglesia a ser asidua no sólo en los ayunos; sino también en las vigilia. Hablando de sí mismo dice: *con frecuencia en ayunos, con frecuencia en vigilia* (2 Cor 11,27). Pero la vigilia de esta noche destaca tanto que puede reivindicar como propio el nombre que es común a todas las demás. Así, pues, diré algo, lo que el Señor me conceda, primero sobre la vigilia en general y luego sobre la particular de hoy.

En aquella vida, por la consecución de cuyo descanso todos trabajamos, vida que nos promete la Verdad para después de la muerte de este cuerpo o también para el final de este mundo, en la resurrección, nunca hemos de dormir, como tampoco nunca moriremos. ¿Qué es el sueño, sino una muerte cotidiana que ni del todo saca al hombre de aquí ni le retiene por largo tiempo? ¿Y qué es la muerte, sino un sueño largo y muy profundo, del que despierta Dios? Por tanto, donde no llega muerte ninguna, tampoco llega el sueño, su imagen. Sólo los mortales experimentan el sueño. No es de este tipo el descanso de los ángeles; ellos, dado que viven perpetuamente, nunca reparan su salud con el sueño. Como allí está la vida misma, allí existe la vigilia sin fin. Allí la vida no es otra cosa que el estar en vela, y estar en vela no es otra cosa que vivir.

Nosotros, en cambio, mientras estamos *en este cuerpo que se corrompe y apesga al alma* (Sab 9,15), puesto que no podemos vivir, si no reparamos nuestras fuerzas con el sueño, interrumpimos la vida con la imagen de la muerte para poder vivir, al menos, a intervalos. Por tanto, quien asiste asiduamente a las vigilia con

corazón casto y puro, sin duda alguna practica la vida de los ángeles -en la medida en que la debilidad de esta carne está sujeta al peso terreno, los deseos celestiales se encuentran ahogados-, ejercitando la carne mediante una vigilia más larga, contra la mole causante de la muerte para adquirírle méritos para la vida eterna. No está de acuerdo consigo mismo quien desea vivir por siempre y no quiere aumentar sus vigiliass; quiere que desaparezca totalmente la muerte, y no quiere que disminuya su imagen. Ésta es la causa, éste el motivo por el que el cristiano tiene que ejercitar su mente en las vigiliass con mayor frecuencia.

Ahora ya, hermanos, mientras recordamos otras pocas cosas, poned vuestra atención en la vigilia especial de esta noche. He dicho por qué debemos restar tiempo al sueño y añadirlo a las vigiliass con mayor frecuencia; ahora voy a explicar por qué permanecemos esta noche en vela con tanta solemnidad.

Ningún cristiano duda de que Cristo el Señor resucitó de entre los muertos al tercer día. El santo evangelio atestigua que el acontecimiento tuvo lugar esta noche. No hay duda de que los días comienzan a contarse desde la noche precedente, aunque no se ajuste al orden mencionado en el Génesis, no obstante que también allí las tinieblas han precedido al día, pues las *tinieblas se cernían sobre el abismo* cuando *dijo Dios: «Hágase la luz y la luz fue hecha»* (Gn 1,2-4). Pero como aquellas tinieblas aún no eran la noche, tampoco habla de días. En efecto, *hizo Dios la división entre la luz y las tinieblas, y primeramente* llamó día a la luz, y luego noche a las tinieblas, y fue mencionado como un solo día el espacio desde que se hizo la luz hasta la mañana siguiente. Está claro que aquellos días comenzaron con la luz, y, pasada la noche, duraban cada uno hasta la mañana siguiente. Poco después que el hombre creado por la luz de la justicia cayó en las tinieblas del pecado, de las que lo libertó la gracia de Cristo, ha acontecido que contamos los días a partir de las noches, porque nuestro esfuerzo no se dirige a pasar de la luz a las tinieblas, sino de las tinieblas a la luz, cosa que esperamos conseguir con la ayuda del Señor: *La noche ha pasado, se ha acercado el día, despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz* (Rom 13,12).

Por tanto, el día de la pasión del Señor, día en que fue crucificado, seguía a la propia noche ya pasada, y por eso se cerró y concluyó en la preparación de la pascua, que los judíos llaman también «cena pura», y la observancia del sábado comenzaba al inicio de esta noche. En consecuencia, el sábado que comenzó con su propia noche concluyó en la tarde de la noche siguiente, que es ya el comienzo del día del Señor, porque el Señor lo hizo sagrado con la gloria de su resurrección. Así, pues, en esta solemnidad celebramos ahora el recuerdo de aquella noche que daba comienzo al día del

Señor y pasamos en vela la noche en que el Señor resucitó. La vida de que poco antes hablaba, en la que no habrá ni muerte, ni sueño, la incoó él para nosotros en su carne, que resucitó de entre los muertos, de forma tal que ya no muere ni la muerte tiene dominio sobre ella.

Nuestra Pascua

El Viejo Testamento es, pues, promesa figurada. El Nuevo es promesa espiritualmente entendida. La Jerusalén que estaba en la tierra pertenecía al Viejo Testamento, pero era la imagen de la Jerusalén que está en el cielo y que pertenece al Nuevo. La circuncisión carnal pertenece al Viejo Testamento; la del corazón al Nuevo. El pueblo es liberado de Egipto según el Viejo Testamento; pero es liberado del diablo según el Nuevo. Los perseguidores egipcios y el faraón persiguen a los judíos que huyen de Egipto; y persiguen al pueblo cristiano sus propios pecados y el diablo, príncipe de los pecados. Y así como los egipcios persiguen a los judíos hasta el mar, así los pecados persiguen a los cristianos hasta el bautismo.

Atended, hermanos, y entended: los judíos son liberados por el mar, y los egipcios son ahogados en el mar: los cristianos son liberados en la remisión de los pecados, los pecados son borrados por el bautismo. Salen los judíos del mar Rojo y caminan por el desierto; así los cristianos, después del bautismo, todavía no están en la tierra de promisión, sino en esperanza. Este mundo es un desierto: para un auténtico cristiano es un desierto después del bautismo, si entiende bien lo que recibió. Si no sólo se verificaron en él signos corporales, sino también efectos espirituales en su corazón, entiende que este mundo es para él un desierto, entiende que vive en peregrinación, que anhela la patria. Y mientras la desea está en esperanza. *Estamos salvados en esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Y si esperamos lo que no vemos, lo esperamos mediante la paciencia* (Rom 8,24-25).

Esta paciencia en el desierto hace que esperemos algo. Quien piensa que ya está en la patria, no llegará a ella. Si se cree en la patria, se queda en el camino. Para no quedarse en el camino, espere la patria, desee la patria, no se desvíe. Porque acaecen tentaciones. Igual que sobrevienen pruebas en el desierto, así sobrevienen tentaciones tras el bautismo. No sólo eran los egipcios los enemigos de los judíos, porque los perseguían al salir de Egipto: esos eran enemigos pasados; así persigue a cada cual su vida pasada y sus propios pecados, con el diablo que es su príncipe.

Pero hubo también en el desierto quienes trataron de impedir el camino, y fue menester pelear con ellos y vencerlos. Así, tras el bautismo, cuando el cristiano comienza a recorrer el camino de su corazón con la promesa de la esperanza de Dios, no se desvíe. Sobrevienen tentaciones que sugieren algo diferente, deleites de este mundo, otro género de vida, para que abandone el camino y desista del propósito. Si vence estos deseos y estas sugerencias, los enemigos son superados en el camino y el pueblo llega a la patria.

Para la vida nos engendraron Cristo y la Iglesia

Puesto que fueron dos padres quienes nos engendraron para la muerte, otros dos nos engendraron para la vida. Los padres que nos engendraron para la muerte fueron Adán y Eva; los que nos engendraron para la vida son Cristo y la Iglesia. Mi padre, el que me engendró, fue para mí Adán, y mi madre fue para mí Eva. Hemos nacido según esta generación de la carne, ciertamente por un don de Dios -este don no es de nadie, sino de Dios- y, sin embargo, hermanos, ¿cómo hemos nacido? Ciertamente para morir. Los predecesores engendraron a los sucesores. ¿Acaso engendraron hijos. en cuya compañía vivan siempre aquí? No; en cuanto destinados a morir, engendraron a quienes habían de sucederles. Dios Padre y la Iglesia Madre no engendraron con esta finalidad. Engendran para la vida eterna, porque también ellos son eternos. Tenemos la herencia de la vida eterna prometida por Cristo.

Él -según aquello: *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14)- creció al nutrirse con alimento. Después de la pasión, muerte y resurrección recibió en herencia el reino de los cielos. En cuanto hombre, recibió la resurrección y la vida eterna. La recibió en el hombre mismo. No la recibió en cuanto Palabra, porque permanece inmutable desde siempre y para siempre. Puesto que fue aquella carne la que resucitó y vivificada ascendió al cielo, lo mismo se nos ha prometido a nosotros. Esperamos la misma herencia, la misma vida eterna. Todavía no la ha recibido todo el cuerpo, dado que, aunque la cabeza está en el cielo, los miembros aún se hallan en la tierra. No va a recibir la herencia sólo la Cabeza y a ser abandonado el cuerpo. Es el Cristo total quien recibirá la misma, el Cristo total en cuanto hombre, es decir, la Cabeza y el Cuerpo. Somos miembros de Cristo: esperemos, pues, la herencia. Cuando pasen todas estas cosas, recibiremos aquel bien que no pasará y evitaremos el mal que tampoco pasará. Uno y otro son eternos, pues no prometió a los suyos algo que no fuese eterno, ni amenazó a los impíos con algo temporal. De la misma manera que

prometió a los santos la vida, la felicidad, el reino, una herencia sin fin, así amenazó a los impíos con el fuego eterno. Si aún no amamos lo que prometió, al menos temamos aquello con que nos amenazó.

La alegría pascual

Ved qué alegría, hermanos míos; alegría por vuestra asistencia, alegría de cantar salmos e himnos, alegría de recordar la pasión y resurrección de Cristo, alegría de esperar la vida futura. Si el simple esperarla nos causa tanta alegría, ¿qué será el poseerla? Cuando estos días escuchamos el aleluya, ¡cómo se transforma el Espíritu! ¿No es como si gustáramos un algo de aquella ciudad celestial? Si estos días nos producen tanta alegría, ¿qué sucederá aquel en que se nos diga: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino*; cuando todos los santos se encuentren reunidos, cuando se encuentren allí quienes no se conocían antes, se reconozcan quienes se conocían; allí donde la compañía será tal que nunca se perderá un amigo ni se temerá un enemigo? Hemos, pues proclamado el Aleluya; es cosa buena y gozosa, llena de alegría, de placer y de suavidad.

Con todo, si estuviéramos diciéndolo siempre, llegaríamos a cansarnos; pero como va asociado a cierta época del año, ¡con qué placer llega, con qué ansia de que vuelva se va! ¿Habrá allí acaso idéntico gozo e idéntico cansancio? No, no lo habrá. Quizá diga alguien: « ¿Cómo puede suceder que no engendre cansancio el repetir siempre lo mismo?». Si consigo mostrarte algo en esta vida que nunca llegue a cansar, has de creer que allí todo será así. Se cansa uno de un alimento, de una bebida, de un espectáculo; se cansa uno de esto y de aquello, pero nadie se cansó nunca de la salud. Así, pues, como aquí, en esta carne mortal y frágil, en medio del tedio originado por la pesantez del cuerpo, nunca ha podido darse que alguien se cansara de la salud, de idéntica manera tampoco allí producirá cansancio la caridad, la inmortalidad o la eternidad.

EL SEDER JUDÍO (1)

"Hagadá" significa "relatar" y eso es lo que hacemos en la mesa del Ceder de Pesaj- contamos una historia. La más antigua y popular historia que existe- del tipo de las de "Final Feliz". Así nos instruye el Talmud conducir el Seder: "Comienza con la parte negativa y concluye con la positiva"

Como es usual en la Guemará, los Sabios, si bien están de acuerdo con el principio, discuten sus detalles. Shmuel dice que el comienzo malo es: "Fuimos esclavos del Faraón en Egipto", y el final lindo es: "Y Di-s nos sacó de allí con una Mano poderosa y Brazo extendido". Sin embargo, Rav opina que nuestra historia incluye una visión más amplia, comenzando con: "En el comienzo, nuestros antepasados eran idólatras", culminando con el haber sido elegidos por Di-s como Su pueblo en el Monte Sinaí.

Y entonces... ¿qué historia contamos en el Seder? Ambas, por supuesto, y esta es una de las razones de por qué lleva tanto tiempo empezar a comer el primer plato!

Hace muchos, muchos años, cuando éramos pequeños, entendíamos de la importancia de las narraciones. Sabíamos apreciar lo trascendental que es el acto de relatar para quienes y qué somos, para nuestra tarea de dar sentido a nuestro mundo y conducirlo a algún sitio. Luego, nos hicimos mayores, fatigosos y haraganes, y nos decimos: "Lo que es, es. No significa nada; déjalo ser"

Y es por eso que necesitamos montones de niños en la mesa del Seder.

NO RENUNCIAMOS A NINGÚN HIJO

"Uno es un sabio, uno es un malvado" (Hagadá de Pesaj)

En la Hagadá de Pesaj leemos sobre "los cuatro hijos" que están sentados en el Seder: "Uno es sabio, uno es malvado, uno es simple y uno no sabe preguntar"

Se despierta inmediatamente la pregunta: ¿Por qué aparece el malvado, el más indigno de los hijos, al lado del sabio; aparentemente su lugar debería estar al final de la mesa?!

También la respuesta que se le da al hijo malvado- "si hubiera estado allí (en Egipto) no hubiera sido redimido"- es sorprendente: si no tiene relación con la salvación de Egipto, para que aparece en la Hagadá?

Más aún: En los escritos del Ari Z"L se explica que las cuatro copas son en correspondencia a los cuatro hijos

¡Y de acuerdo a esto se deduce que la segunda copa, sobre la que se recita toda la Hagadá, alude al hijo malvado!

ÉL ES UN IEHUDÍ

Entenderemos esto de acuerdo a lo que dice la Guemará: "Israel, aunque haya pecado, es un Israel" Todo judío, se encuentre en la situación que fuera, tiene dentro de sí "el punto judío"; alberga dentro de él un alma Divina (el Jasidut explica que ése es el sentido íntimo de "uno es malvado": también dentro del malvado se encuentra el Uno, la chispa judía que tiene una conexión eterna con el Di-s único)

Es por eso que debemos traer al hijo malvado a la mesa del Seder de Pesaj, para acercarlo y descubrir su punto judío. La Torá no está dispuesta a renunciar a él- "en correspondencia a los cuatro hijos se refiere la Torá", ya que "aunque haya pecado, es un Israel". También un judío que peca, sigue siendo llamado con el nombre más excelso: Israel (que es el acróstico de Iesh Shishim Ribó Otiot LaTorá- la Torá posee 600000 letras. Así como el Cashrut de un Sefer Torá depende de una sola letra, de la misma manera, la perfección del pueblo judío depende de cada iehudí, independientemente de su conducta)

NO DEBEMOS EVADIRNOS

¿Pero quién es capaz de acercarse al hijo malvado? No puede encargarse de ello "el simple" ni "el que no sabe preguntar" ya que ellos mismos necesitan ayuda. Justamente, "el hijo sabio", el más ilustre, es el más apto y quien posee la fortaleza de despertar en el alma del malvado su chispa Divina.

Aquí la Torá no entrega una doble enseñanza. Al malvado le dice que no debe desalentarse por su situación, pues tiene esperanza. Di-s lo reúne con el sabio, para que pueda mejorar su conducta con su ayuda.

Y al sabio lo guía para que no cuestione: ¿Qué tengo que ver yo con el malvado? Para que no se concentre únicamente en su crecimiento personal, le ordena aproximarse al prójimo para procurar acercarlo a Di-s y Su Torá.

TODOS SERÁN REDIMIDOS

No se trata de un objetivo fácil. Se debe trabajar duramente para lograr encender la llama del alma en el corazón del hijo malvado. Por eso recitamos lo principal de la Hagadá sobre la segunda copa.

¿Y cómo se lo acerca? A través de la frase "si hubiera estado allí, no hubiese sido redimido". No es la intención alejarlo con ella - Di-s no lo permita- sino por el contrario, en este pasaje acentuamos que sólo allí, en Egipto, antes de la entrega de la Torá, no hubiera sido redimido, pero luego de haber sido elegidos como pueblo y que Hashem hizo un pacto eterno con cada judío en el Monte Sinai, está presente la promesa: "No será apartado ningún desviado", e incluso él será redimido junto a todo el pueblo de Israel con la redención completa. Por medio de este incentivo, se despertará también el malvado y deseará descubrir la verdad que hay en él y ser redimido.

El Rincón de la Halajá (Ley Judía)

PESAJ

En la noche del Seder (este año los días 27/3 y 28/3 por la noche) debemos cumplir con seis mandamientos positivos.

Narrar a nuestros hijos y demás miembros de la familia la historia de la salida de Egipto y el motivo por el que comemos en esta noche el **korbán Pesaj - Matzá - Maror**. Esto lo cumplimos mediante la lectura de la Hagadá, por eso es muy importante que la leamos en el idioma en el que la familia la entienda.

Comer el korbán Pesaj. Cuando el Gran Templo de Jerusalén estaba construido (y brevemente con la llegada del Mashíaj) se ofrendaba el 14 de Nisán el korbán Pesaj. Consistía en el sacrificio de un cordero que luego se debía asar y comer en la noche del Seder. El motivo por el que se comía, era para agradecer a Di-s que salteó (pasaj) la casa de nuestros padres en Egipto en la plaga de los primogénitos.

Comer Matzá. Cada uno y uno aún los niños deben comer por lo menos 27 cm³ de Matzá, que equivalen a 15 gr. aprox. de la Matzá echa a mano. El ideal es conseguir Matzot hechas a mano para cumplir con el mandamiento de comer Matzá en los dos Sedarim. El motivo por el que comemos Matzá, es porque la masa que llevaron consigo nuestros padres de Egipto no alcanzó a fermentar hasta que el Todopoderoso se reveló y los redimió.

Comer Maror. Cada uno y uno aun los niños deben comer hiervas amargas (lechuga criolla y Jrein). Debemos comer 17 cm3. El motivo por el que lo comemos, es para recordar que los egipcios amargaron la vida de nuestros padres con trabajo difícil.

Las cuatro copas. Debemos, de acuerdo al orden de la Hagadá, tomar cuatro copas de vino o jugo de uva. Aun los niños deben tomar en vasos de 87 cm3 de capacidad (permitiéndoles tomar la cantidad que deseen).

La Matzá y las cuatro copas de vino deben ser ingeridas mientras nos encontramos reclinados hacia la izquierda. El Jueves por la noche comenzamos con la cuenta del Omer, como será explicado en el próximo número. Las leyes y el texto se pueden encontrar en el Sidur Tehilat Hashem pag. 290. -

EL SEDER DE PESAJ

UNA "CLASE MODELO" DE TRANSMISIÓN INTERACTIVA Y VIVENCIAL

¡¡¡DE ESTA FORMA SE FORJA UNA GENERACIÓN JUDÍA!!!

Quien desee hallar una expresión completa de la palabra "tradición"- está invitado a encontrarla en el Seder de Pesaj. La noche del Seder encierra, de la forma más hermosa, la transmisión de la herencia judía de padre a hijo, de generación en generación. Muchas de las cosas que hacemos durante esa noche son para despertar la atención de los niños y motivarlos para que se interesen y pregunten.

Indudablemente, los niños se convierten esa noche en protagonistas. Formulan las cuatro preguntas, aparecen dentro de la Hagadá como los Cuatro Hijos. Y la Hagadá" en sí es la respuesta a sus preguntas.

Todo eso está fundamentado en el mandato eterno de "Y le contarás a tu hijo"- relatar a los niños de la siguiente generación acerca del nacimiento del pueblo, su tradición y herencia.

Cuando nos sentemos alrededor de la mesa del Seder, será importante y conmovedor pensar, que continuamos realizando por 3314 años la misma bella tradición. ¡De esta misma forma lo realizaron nuestros antepasados hace mil años y también hace tres mil años! Así lo festejaron los judíos de Marruecos, Persia, Rusia, Francia, Turquía, Polonia y Norte de África. Éste es el hilo conductor que une a millones de células del pueblo judío con la vida eterna que proporciona la tradición.

EL QUINTO HIJO

El Rebe de Lubavitch expresó que nos toca vivir en una generación en la que aparece un nuevo tipo de judío: el quinto hijo. Como todos saben, hay cuatro tipos de judíos que están representados en la Hagadá (como los Cuatro Hijos) y están presentes en la noche del Seder. El último de los cuatro es "el que no sabe preguntar". Este hijo está sentado junto a nosotros, dándonos la oportunidad de explicarle, aunque no sepa preguntar. Pero este nuevo tipo de judío es el que no "aparece" en el Seder. Se ha alejado tanto de los valores judaicos que la Festividad de Pesaj y la noche del Seder "no le dicen nada". Mientras todos estamos reunidos esta noche- vaya a saber dónde él se encuentra.

Nuestra tarea es doble: En primer lugar, facilitar a nuestros hijos la vivencia de Pesaj, y la educación judía en general, de una manera tan impresionante y profunda, para que todos lleguen a ser "el hijo sabio". Paralelamente, localizar al "quinto hijo", acercarlo con cariño y paciencia, y contarle que él también es hijo del Pueblo de Israel, y parte de esta tradición hermosísima que cuidamos y que cuidó de nosotros durante miles de años, y motivarlo a retornar a sí mismo, a sus raíces, como preparación para el retorno general del pueblo judío a Di-s, con la llegada del Mashiaj, ya!

Festividad de Pesaj

La Festividad de Pesaj llama a tempranos y elaborados preparativos a fin de hacer que el hogar judío sea adecuado al magno festejo. No sólo se requieren preparativos físicos, sino que también se nos urge a prepararnos espiritualmente -puesto que en la vida del ser judío lo físico y lo espiritual están estrechamente relacionados especialmente en lo que hace a la celebración de nuestro Shabat y Festividades.

En Pesaj celebramos la liberación del pueblo judío de la esclavitud egipcia. y conjuntamente la liberación y negación del sistema de vida del Egipto de antaño, las "abominaciones de

Egipto". Así, celebramos nuestra liberación física junto a nuestra libertad espiritual. De hecho, no puede existir una sin la otra; no puede haber legítima libertad sin aceptar los preceptos de nuestra Torá como guía de nuestra vida cotidiana; la vida pura y sagrada, eventualmente, conduce a la real libertad.

Fue dicho: "En cada generación, cada judío debe verse a sí mismo como si él, personalmente, ha sido liberado de Egipto" Es decir que la lección de Pesaj contiene un siempre contemporáneo mensaje para cada judío. La historia de Pesaj es la historia de la Providencia Divina especial, único determinante del destino del pueblo judío. Lo que acontece en el mundo exterior no debe afectarnos; podemos ser signados para el sufrimiento -Di-s libre- en medio de la prosperidad general, así como para la seguridad en medio de una plaga o catástrofe. La historia de nuestra esclavitud y liberación que nos narra Pesaj, brinda una amplia ilustración al respecto. Pues el destino de nuestro pueblo se determina de acuerdo a su adherencia a Di-s y Sus profetas.

Esta lección es enfatizada por los tres principales símbolos del Seder, sobre los que nuestros Sabios han expresado que quien no ha explicado su significado, no ha observado el Seder adecuadamente: (el sacrificio de) Pesaj, Matzá (pan ázimo) y Maror (hierbas amargos). Haciendo uso de estos tres símbolos en su orden cronológico y de acuerdo a la explicación que la Hagadá nos da respecto de ellos, podemos decir: El Judío puede evitar el Maror (la amargura de la vida) sólo mediante Pesaj (el cuidado Divino especial. el 'saltar' -traducción literal de "Pesaj"- y salvar los hogares judíos aún en medio de la más terrible plaga). y Matzá -entonces la mismísima catástrofe y los enemigos de los judíos obrarán en beneficio de estos últimos, expulsándolos apresuradamente de "Mitzraim" (literalmente acepta dos acepciones: "Egipto" y "opresión"), lugar de la perversión y oscuridad, colocándolos bajo el rayo de luz y la santidad.

Debemos recordar otra cosa más importante: la celebración del Festival de la Libertad debe estar relacionada con el precepto de 'narrarás a tu hijo'. La formación y existencia del hogar judío, así como del pueblo judío como un todo, depende de la educación de la generación joven, tanto niños como niñas: el sabio y el (temporariamente) malvado, el simple y el que no sabe preguntar. Así como no podemos desligarnos de nuestra responsabilidad hacia nuestro hijo con la excusa de que "él es un niño sabio; él encontrará su propio camino en la vida; de ahí que no sea necesario brindarle educación alguna". del mismo modo no debemos caer en la desesperación pensando que "el niño es malvado; no habrá educación que le ayude". Puesto que todos los niños judíos son "hijos de Di-s" y es nuestra sagrada responsabilidad ver que todos ellos lleguen a vivir de acuerdo a

este título.

Ello es posible de lograr sólo mediante una educación judía apropiada, basada en la adherencia total a la Torá de Di-s. Entonces seremos privilegiados en el cumplimiento de nuestro anhelo más ardiente: "Que en el año venidero seamos libres; el próximo año, en Jerusalem!"

De una carta del Rebe. (En la imagen, el Rebe sostiene una bolsa que contiene el "jametz").